

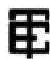
EXTRAÑOS ENTRE NOSOTROS

JOHNNY GARLAND

COLECCIÓN
ESPACIO

EXTRAÑOS ENTRE NOSOTROS

por
Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

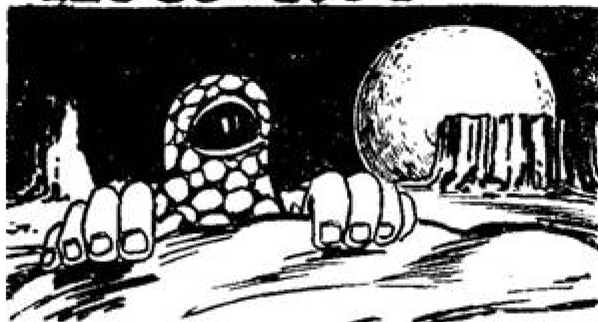
Depósito legal: B 18454-1961

Núm. De Registro: 5352-1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. – Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona



CAPÍTULO I

LA CHICA DEL PARADOR

A puerta del parador se abrió. El conductor cruzó la sala, acomodándose con indolencia en el alto taburete del mostrador.

—Un café y un plato caliente, pequeña —pidió a la joven uniformada de azul.

—No, Fred, lo lamento. Pero no puede ser. Ya está apagada la cocina y encuentras abierto por milagro. Habrás de conformarte con fiambres. Es muy tarde.

—¡Oh!, lo sé, lo sé. Tuve una contrariedad con el cacharro, a cosa de quince millas de aquí. No exijo demasiado, sin embargo. Si

el café puedes servírmelo, está bien lo demás. Espero que en lo sucesivo no llegue cuando hayas cerrado.

—Sí, no es agradable pasar una nevada como ésta, y no encontrar comida o café caliente para recuperar energías.

—Entonces, ¿puedo confiar en que me servirás algo humeante? — sonrió el conductor.

—Por lo menos, lo intentaré —respondió ella, enarcando las cejas en cómico gesto de enfado—. Pero sin que sirva de precedente.

—De acuerdo en todo, preciosa. Así será.

La bonita, juvenil camarera de uniforme celeste, desapareció por las puertas batientes que conducían a la cocina. El chófer bostezó, frotándose con aire pensativo la mandíbula, sombreada de barba.

Cuando ella regresó, lo hizo portando una bandeja con un café caliente, bocadillos y mantequilla. El conductor del camión Se lanzó un beso con fa punta de los dedos.

—Eres un ángel, Lucy —manifestó—. Gracias por el favor.

—No tiene importancia. Pero en lo sucesivo procura llegar a tiempo; Fred.

—Palabra de honor. Lo intentaré. Pero necesito que mi trasto me responda.

—Está ya demasiado viejo. ¿Por qué no lo cambias por otro, Fred?

—Es lo que me dicen muchos —el joven conductor de camiones se rascó la cabeza, pensativo—. Pero hace falta el dinero, Lucy. Un camión no lo regalan. Y el negocio no va demasiado bien. Uno ha de competir con los conductores de otros camiones, con empresas amplias y bien organizadas, que lo invaden todo con sus vehículos. El que es, como yo, un pobre industrial que maneja todo el negocio individualmente, no tiene apoyo de nadie. Sólo las propias fuerzas para seguir adelante, de un modo u otro.

—Bien, ya me has contado otras veces tus quejas. Ahora toma eso, antes de que se enfríe —Lucy se despojó de su delantal blanco, con las iniciales de la Cadena «Halwey», de Paradores de Carretera —. Yo iré preparándome entretanto. Ya tenía que haber cerrado hace rato. Te hice el café con el hornillo supletorio.

—Lo dicho, Lucy. Eres un ángel. ¿Vas hacia la ciudad?

—Claro. ¿Adónde esperas que vaya con esa nevada? ¿A esquiar

al Valle del Sol?

—No te hagas la graciosa. No espero nada de eso. Sólo te preguntaba. ¿Tienes coche?

—Todavía no ahorré lo bastante. Quizá con vuestras propinas llegue a adquirirlo. Un «Cadillac» rojo y blanco, descapotable. O un «Porsche» de carreras.

—No está mal —Fred chascó la lengua, riéndose de buena gana —. Ahora en seno, Lucy. ¿Quieres que te lleve a la ciudad? Voy sólo en el camión. Y el viejo cacharro corre lo suyo. Sobre todo, si lleva chicas bonitas dentro.

—¿Tiene mucha experiencia en eso tu viejo cacharro? —ironizó ella.

—¡Oh!, casi ninguna —protestó Fred—. Te aseguro que no acostumbro hacer esa invitación a ninguna chica.

—Seguro. Es exclusiva para Lucy Lañe —ella hizo un chasquido burlón con sus gordezuelos labios—. Supongamos que el cacharro vuelve a pararse. ¿Qué ocurrirá?

—Posiblemente moriremos helados en la carretera —rió Fred. La miró, embelesado, por encima del humo de su café—. Pero será hermoso morir a tu lado.

—Tu romanticismo me deja más fría que la temperatura de ahí fuera —le advirtió Lucy—. De modo que será mejor tomar el autobús. Pasa uno a las doce. Aún tengo tiempo de tomarlo. Para en el cruce, ¿lo sabías?

—Claro. Yo lo sé todo referente a estas rutas, mi preciosa Lucy. Por eso te ofrezco de nuevo el cacharro. A pesar de sus parones, a pesar de Fred Blakers, a pesar del frío… es más seguro y más rápido. ¿Vienes? Es en serio, Lucy.

—En serio te diré que… —vaciló. Luego, pareció compadecerse del gesto ávido del joven chófer. Soltó una suave carcajada y añadió —: Está bien. Te digo que «sí», apuesto conductor. Pero sólo a un viaje hasta la ciudad. Espero que no se te ocurra hacer ninguna declaración de amor por el camino.

—¡Oh!, Lucy, ¿por quién me has tomado? —protestó Fred.

—Justamente por lo que eres —rió ella, empolvándose la breve naricilla—. Oigo de treinta a cuarenta declaraciones por día. De ellas, diez me ofrecen el matrimonio. Las restantes, un apartamento lujoso en Madison, una cuenta corriente y un abrigo de visón.

Se estremeció, añadiendo con una risa contagiosa y juvenil. —Créeme, Fred. A veces cuesta trabajo rechazar esas cosas. Sobre todo, cuando te hablan del abrigo de visón y ves que el termómetro marca un puñado de grados bajo cero, en el porche del parador.

—Pero tú eres fuerte —apuró el café y se metió un «sandwich» en la boca, tirando una moneda sobre el mostrador. Dijo, con la boca llena—: Cóbrate. Propina incluida, Lucy. Y en marcha. Antes de que el motor de mi «diplodocus» se enfríe demasiado.

—Bueno —suspiró Lucy—. Después de todo no surgen aventuras todos los días. Vamos allá, Fred.

—Me ofendes. ¿Llamas aventura al simple hecho de venir conmigo a la ciudad?

—Mi querido Fred, ¿pero acaso no lo es, después de todo? —y con otra alegre carcajada, apagó las luces, aseguró puertas y ventanas y acompañó a Fred Blakers hasta la puerta.

Salieron al porche. Estaba empezando a nevar de nuevo.

Frente al parador de la carretera, aparecía estacionado el «cacharro» de Fred. Un viejo y voluminoso camión pasado de moda, de los que ya no era fácil ver en las rutas norteamericanas. Sobre su gran carrocería posterior podía leerse, en letras verdes, destacadas en fondo amarillo:

«BLAKERS AND CO.»

TRANSPORTES GENERALES

Lucy se detuvo, estudiando con aire crítico el cartelón. Se volvió a Fred, curiosa.

—Una pregunta, amigo —dijo.

—Desembucha, Lucy.

—Me gustaría saber quién es «y Compañía», en esa firma comercial.

—Diablos, a mí también —fue todo lo que le contestó Fred, echando a andar de nuevo a través de la esponjosa masa de nieve acumulada en las cunetas de la ancha franja de asfalto.

* * *

—Después de todo, no marcha mal. ¿No es aquello la ciudad?

—Claro —rezongó Fred, mirando a través del parabrisas, en cuyos bordes se acumulaba la cristalina escarcha—. Allí está la ciudad. Y aquí estamos nosotros. ¿Creías que ibas en un galápago?

—La verdad, llegué a sospecharlo. Creo que tendré que devolver la honra a tu camión. Es bastante bueno, bromas aparte.

—Bromas aparte, es un encanto —palmeó, con un afecto casi humano, el volante grande y ancho de su vehículo—. El día que pueda arrumbarlo en cualquier cementerio de coches viejos y adquiera un camión nuevo, creo que lo echaré mucho de menos.

Lucy no respondió. Estaba contemplando las lejanas luces de la población, muy distante aún, pero visible ya desde su emplazamiento. La nieve no cuajaba en el asfalto, pero caía con intensidad. Las varillas del limpiaparabrisas tenían que funcionar sin interrupción.

Luego, la mirada de Lucy se dirigió a la carretera. Había otro camión delante de ellos. Iba a buena marcha. Tenía la carrocería posterior muy amplia, de un vivo color rojo escarlata. Un anuncio borroso, que no podía leerse desde allí, campeaba en su esmaltado. Era más potente que el de Fred, y siempre les llevaba ventaja. No habían logrado pasarle en ningún momento.

—Me gustaría dejar atrás a ese estúpido. No me gusta ir «chupando» rueda —rezongó Fred, con el perfecto espíritu del hombre de carretera—. Pero tiene un motor muy potente. Habremos de limitarnos a ir en pos suyo. No nos dejará rebasarle por nada del mundo. Y si quieres comprobarlo, mira esto.

Aceleró. Al mismo tiempo, empezó a hacer oscilar los intermitentes, y pulsó el cláxon. El camión rojo, en vez de ceder el paso, arrumbándose a la derecha, prosiguió su marcha imperturbable. Y aceleró ligeramente más que Fred. La distancia entre ambos vehículos, aumentó.

—¿Te has dado cuenta? —suspiró Fred, desalentado, reduciendo de nuevo la marcha—. No hay nada que hacer. Ellos ganan siempre. Al diablo con los camiones nuevos.

Lucy lo contempló de soslayo. Se daba perfecta cuenta de lo mucho que él amaba su camión y su volante. Sentirse en inferioridad, lo irritaba. Pero todo lo sabía soportar con tal de conservar su viejo amigo de cuatro ruedas y viejo motor cansado.

—No te preocupes —le alentó, espontáneamente. Se retrepó en el viejo asiento, con olor a cuero gastado—. Se va muy bien así. Deja que corran los demás.

—Es lo que tengo que hacer siempre. Dejar que sean otros quienes aprieten el acelerador. Los viejos no están ya para esos trotes, Lucy…

Siguieron adelante. El camión rojo continuaba ante ellos, inmutable. La nieve, al no cuajar en el asfalto, provocaba una humedad resbaladiza, una superficie extremadamente peligrosa para los neumáticos de los automóviles. En los bordillos, en los bosques y prados que iban desfilando a ambos lados de la cinta asfaltada, la nieve se apelotonaba, blanca y esponjosa. También blanqueaban en la distancia las ondulaciones de lomas y colinas.

Por una curva cerrada emergieron de súbito, ante ellos, los faros deslumbradores de un coche demasiado rápido. Era un «Jaguar» lanzado vertiginosamente, con absoluto desprecio hacia el peligro, propio o ajeno.

El camión rojo, que iniciaba en ese momento el viraje de la curva, trató de reducir su buena velocidad, y también de impedir el impacto con el vehículo de carreras. Los faros, deslumbradores, impidieron la buena maniobra del chófer del camión.

—¡Mira, Fred! —gritó Lucy, horrorizada, señalando a través del parabrisas hacia el suceso de que eran testigos.

Fred Blakers pulsó rápidamente los frenos. Detuvo su vehículo, que patinó aún varios metros, con un escalofriante chirrido, pero terminó por detenerse, hundiendo las ruedas delanteras en la nieve.

Desde allí, vieron el final de la escena en la curva. El «Jaguar», temerariamente conducido, embistió al camión. Aunque éste frenaba, no era lo suficiente para evitar la colisión.

Hubo un choque violento, espectacular y estrepitoso del vehículo, que saltó, con rebotes estremecedores, hasta hundirse en la nieve, pero con sus ruedas girando furiosamente, hacia lo alto.

El camión, a su vez, tras impedir en parte la colisión, fue víctima de su propia inercia y se estrelló contra un árbol.

Su morro se hincó contra un corpulento tronco, en el que quedó empotrado, medio inclinado hacia la cuneta. La roja carrocería del camión empezó a arder con violencia.

—¡Dios mío, Fred, es horrible! —gimió Lucy Lañe, la bella

camarera del parador de la carretera, contemplando con horror la escena.

—Espantoso, Lucy. Y lo peor es que si alguien queda con vida dentro de ese vehículo tardará muy poco en hacerse pedazos. El camión estallará en cuanto el fuego inflame la gasolina…

—¿Y no puede hacerse nada por ellos?

—No sé. Lo intentaré.

Se dispuso a salir del camión. Lucy le detuvo, aferrándole el brazo con energía.

—¡No, Fred, no hagas eso! —gritó—. ¡Puedes volar tú también por los aires!

—Vaya —sonrió el joven—. Es una emoción desconocida, esa de que uno sepa que existe una chica bonita que se preocupa por su integridad física. Pero no temas. Procuraré salir con bien de ese infierno. Aún no se me ha ocurrido la idea de morir heroicamente, para que tú me llores…

Echó a correr ágilmente hacía el camión. Lucy misma saltó fuera del vehículo y siguió unos pasos al joven, aunque sin arriesgarse tanto como él.

Fred llegó al vehículo, y las llamas le rozaron, sin quemar sus ropas. Tosió, inclinándose sobre la cabina del chófer, totalmente velada por el humo. Se volvió a Lucy y gritó:

—¡Hay un solo ocupante… y creo que está muerto! Será mejor alejarse de aquí, antes de que todo esto vuele en mil pedazos por los aires…

Lucy asintió, echando a correr en dirección al camión de Fred. Este la siguió, sin perder un solo instante. Pero todavía tenían que encontrar algo que frenaría su fuga.

Algo que iba a ser el principio de su descabellada e inverosímil aventura…

Fue Lucy la primera en advertirlo. Se detuvo, mirando con sorpresa las puertas posteriores del rojo remolque del camión. Estaban abiertas y se movían, a impulsos de las oscilaciones del pesado vehículo a medio volcar sobre su costado derecho.

—¡Ahí dentro, Fred! —avisó, deteniéndose en seco, con los pies hundidos en la nieve de la cuneta. ¡Hay algo que se mueve…! ¡Alguien más viaja en ese vehículo!

Fred, sorprendido, giró la cabeza. Clavó los ojos en la trasera del

camión rojo. No prestaban la menor atención a la marca de una lavandería, destacando en caracteres blancos y negros sobre el rojo de la carrocería.

Todo su interés se centraba en aquello que se movía en la parte posterior del vehículo en llamas.

Era preciso correr mucho. En minutos, o acaso en segundos, el camión entero se convertiría en una bola ígnea, saltando en mil pedazos flamígeros al aire…

CAPÍTULO II

¿DELIRIO?…


RED BLAKERS fue el primero en alcanzar el vehículo. Tiró de las puertas a un lado, y saltó al interior. Iba realmente dispuesto a salvar a quien estuviera encerrado en el camión.

Si no llegó a hacerlo, en realidad no tuvo culpa alguna.

Su intención era inmejorable. Pero no podía soñar en encontrarse con algo semejante. A sus espaldas, Lucy Lañe, que se había asomado, oteando el interior del camión, lanzó un chillido.

Fred, que se frotaba los ojos, pensando si no sería víctima de una terrible alucinación, comprendió que no era así. Aquello era real y bien real. Lo que él estaba viendo dentro del camión rojo, lo veía también la camarera del parador. Y cosas así no es fácil que, de ser imaginarias, puedan advertirlas varios a la vez.

Había ciertamente algo vivo dentro del camión accidentado.

Pero «algo» que Fred nunca había visto antes, que Lucy contemplaba con ojos dilatados por el terror, incapaz de moverse, junto al camión, fija la mirada en «aquello»…

—Dios mío… —jadeó el chófer, estremeciéndose—. Eso… eso no puede ser…

—Pero… ¿pero «qué es», Fred? —susurró Lucy con voz trémula y convulsa.

—Quisiera saberlo, Lucy… —Fred se pasó una mano por el rostro, bañado en sudor a pesar de la cruda temperatura exterior.

Retrocedió un paso, contemplando fijamente aquella especie de

vitrina o urna, materialmente repleta de extraños, diminutos cuerpos humanos, como enanos en período de formación, o embriones agitándose de forma alucinante en un líquido ligeramente lechoso, contenido por la vitrina.

A Fred le recordaron las formas de ranas desolladas, pero de un tamaño similar al de niños de cinco o seis meses. Se movían, sacudían sus horribles piernas diminutas, provocando chapoteos repulsivos en su acuoso ambiente de la vitrina. Los cráneos eran pelados, redondos, las facciones de apariencia humana… Pero sin ojos. En su lugar, solamente los párpados, cerrados. Como seres ciegos de nacimiento.

Sin embargo, debían de sentir o de presentir. Por que se agitaron mucho más al aparecer Fred. Sus cabriolas repugnantes, en el líquido donde flotaban sus raquíticas desnudeces, cobraron tintes de danza macabra o de aquelarre demoníaco.

¿Cómo salvar a aquellas criaturas vivas y nauseabundas, del interior del camión en llamas? ¿Cómo sacar a los embriones, o lo que fuesen, con todo su envase gigantesco, rectangular, de líquido lechoso hasta su tapa superior?

Fred se volvió, saltó fuera del camión elásticamente. Y tomando la mano de Lucy, todavía pálido y demudado, chilló roncamente:

—¡Vamos! ¡Vámonos de aquí pronto, Lucy! ¡Eso es horrendo, dejemos que otros lo encuentren, si no estallan antes de que eso ocurra!

En la distancia, unos faros se aproximaban al lugar. El coche de «sport», causante del incidente, yacía en la cuneta. No ardía, pero tampoco salía nadie de su cabina, a excepción del busto de un hombre, a medio asomar por una portezuela, con el cráneo destrozado. No era fácil auxiliar a un hombre en esas condiciones, ni tampoco parecía haber persona alguna en su compañía.

—Pero Fred, ¿qué es eso? —musitó Lucy, demudada.

—Dios mío, quisiera saberlo. Parecen criaturas, seres humanos, fetos o algo parecido. A veces he visto cosas parecidas en las aulas de Medicina. Pero ninguna tan espantosa… Y ninguna de ellas, naturalmente, con vida.

Lucy asintió, como si realmente pudiera comprender con tal facilidad todo aquel horror apenas entrevisto en unos fugaces segundos. Fred la alejó de allí, no sin que tanto él como ella

mirasen una vez más hacia atrás, al interior de aquel vehículo asombroso.

Aun desde el lugar donde se encontraban, al reflejo de la luz de los faros del camión de Fred Blakers, en la altura de la densa nieve, eran visibles los extraños cuerpos diminutos, casi en formación, pero de naturaleza y apariencia humanas, flotando, saltando, convulsionándose de forma espeluznante en su ambiente líquido, como si fuesen capaces de respirar y alentar en él, lo mismo que ranas.

—¡Oh!, Fred, no quiero verlo… —gimió Lucy—. ¿Qué puede ser eso?

—Ya lo averiguaremos más tarde. Ahora vámonos lejos. Creo que las llamas están llegando al depósito de combustible…

Corrieron desesperadamente, hundiendo sus pies en la nieve. Alcanzaron su camión y se detuvieron junto al estribo…

De pronto, el camión rojo estalló.

Proyectó, en medio de un estruendo formidable y de una llamarada cegadora, hierros retorcidos, pavesas llameantes y humo, hasta mucha distancia de donde se hallaba.

Luego, en el lugar donde poco antes se hallaba, únicamente fue visible una forma retorcida, negruzca, llameante, de la que aún saltaban estallidos menores, de vez en cuando.

—Todo terminó —jadeó Fred—. Vamos. Hay que ver lo que ha quedado de «eso», dentro del vehículo. Debía de ir lleno de gasolina. La explosión ha sido realmente formidable…

—No ha quedado apenas nada… Parece mentira que sea el mismo vehículo… —Lucy parecía estar bajo los efectos de un fuerte «shock». Su pálido rostro miró a Fred con angustia—. ¡Oh!, Dios, ¿qué habrá sucedido con… con todo lo que iba detrás?

—Es lo que quisiera ver.

Fred se acercó a la carretera. El automóvil que llegaba en dirección opuesta, ya iba reduciendo su marcha. De haber ocurrido el siniestro en otra época más calurosa, ahora serían docenas de coches los que se hallarían allí, rodeando el lugar. Pero en pleno invierno, con fuertes nevadas y a aquellas horas de la madrugada, no era fácil que transitaran muchos vehículos.

El joven conductor del camión no pasó de la parte posterior del remolque. Miró adentro. Si es que existía algo que pudiera llamarse

«adentro». Toda la roja carrocería era ahora negra, crepitaba, al arder su esmalte, y estaba retorcida, deforme tras la explosión.

Dentro, no había ya nada de nada.

Ni cristales, ni líquido lechoso… ni formas vivas o humanas. Ni siquiera restos calcinados, cuerpos chamuscados o cosa parecida. Nada de eso. Todo había desaparecido, como si se lo hubiese llevado un ciclón fabuloso.

Vio fragmentos de vidrios, casi pulverizados, maderas ardiendo aún y chatarra al rojo vivo, que no podía ser tocada. Eso era todo.

—Desaparecieron —dijo roncamente, volviéndose a Lucy Lañe, que le había seguido—. No quedó nada de ellos…

Lucy le contempló, perpleja. Miró hacia el otro lado de la carretera, donde había frenado ya el coche que venía en dirección opuesta. Dos hombres saltaron de él. Era un «De Soto» gris y negro, y los hombres llevaban abrigo oscuro. Uno de ellos se cubría con un sombrero.

—Tiene que haber algo aún —habló Lucy—. Esos hombres pueden ayudarnos a buscar. Les diremos que…

La mano de Fred se cerró súbitamente sobre el brazo de la joven. Casi la hizo daño. Ella se volvió, asustada. Lo miró a los ojos.

—¡Espera, Lucy! —cortó abruptamente Fred.

—Me haces daño… —gimió ella.

—Perdona —aflojó la presión, pero sin soltarla—. Es que no quiero que digas nada.

—¿Por qué?

—Esos hombres no nos creerían. Nadie nos creería, compréndelo. Es una cosa muy extraña, para que cualquiera la admita buenamente. No ha quedado el menor vestigio o rastro sólido que confirme lo que podemos decir. Es mejor callar, Lucy. Tú y yo hemos llegado aquí ahora mismo, hemos visto el accidente… Intentamos salvar a alguien, pero todo fue inútil. Eso es todo. ¿Entendido?

—Sí, Fred, pero esos cuerpecillos flotantes, existieron…

El joven meneó la cabeza, afirmando. Tenía un gesto duro, sombrío.

—Claro que existieron, Lucy. Tú y yo lo sabemos. Pero ¿iban a admitirlo los que no lo vieron? Espera todavía. Tiempo habrá de hablar con la policía… si vemos posibilidad de que nos crean, sin

encerrarnos en un manicomio a los dos…

Los hombres ya estaban cerca. Caminaban rápidamente, a grandes zancadas. Lucy contempló con repentino temor a Fred. Balbució, a flor de labios:

—¿Manicomio? ¿Has dicho «manicomio», Fred?

—Claro —rió el joven—. Cualquiera que no puede probar algo absurdo, aunque lo haya visto y palpado… es un demente. Así piensa muchas veces la policía, de los que vienen contando historias raras y cuentos disparatados.

—Pero lo nuestro no es un cuento, Fred…

—Claro que no. Sólo que lo parece.

—Además… yo… yo estuve una vez en un manicomio —dijo inesperadamente la muchacha.

Fred pegó un respingo. Iba a responder algo a Lucy, cuando observó que los hombres estaban ya junto a ellos, y optó por callar, volviéndose hacia ambos.

* * *

Las primeras luces de la ciudad pasaron vertiginosamente a ambos lados del camión. Entraron en Logan City con una velocidad desusada en el viejo cacharro de Fred Blakers.

A su lado, Lucy Lañe friccionaba nerviosamente las manos entre sí, se mordía el labio inferior repetidas veces y dirigía miradas de conejillo atemorizado, a través de las ventanillas de la cabina del vehículo.

—¿Por qué no hablamos a aquellos hombres de lo que habíamos visto, Fred? —preguntó, tras un silencio que se había prolongado durante las dos últimas millas.

—¿Y para qué íbamos a hacerlo? No nos hubieran creído.

—Dios mío, Fred. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Ir a la policía?

—¿La policía? No sé… —se frotó la mandíbula con su mano zurda, pensativo, sin soltar de la otra el volante—. No creo que sea una medida muy atinada dadas las circunstancias.

—¡Pero Fred, esto es disparatado! ¡Alguien tiene que saberlo, alguien debe enterarse de lo que hemos visto! ¡Era el camión de una lavandería, no el de un establecimiento médico, ni cosa parecida! ¡Es injustificado que hubiera una «cosa» así en su interior!

—Mi querida Lucy, aunque ese camión hubiera pertenecido a un centro clínico o a un establecimiento de experimentos biológicos, continuaría siendo igualmente absurdo que llevara dentro… «aquello».

—¿Entonces…?

Fred redujo la marcha. Arrimó el camión a un bordillo y frenó. Frente a ellos, el escaparate iluminado de un establecimiento mostraba la faz bondadosa y rubicunda de Papá Noel, agitando una dorada campana, en medio de un sinfín de envoltorios brillantes, de celofanes multicolores y de juguetes deliciosos.

—Mira, Lucy —empezó pacientemente Fred, apoyando ambos brazos sobre el volante—. Quiero que entiendas algo. No vamos a ir a la policía, como no hablamos en la carretera a los ocupantes de aquel «De Soto». ¿Y sabes por qué? Simplemente, pequeña, porque sería tanto como meternos en un buen enredo. No sé si sabías que yo tuve fama en un tiempo de ser un buen borrachín. Y la verdad es que tal vez lo fuese. Me gustaba demasiado el ron. Y el whisky, y la ginebra, y el brandy… El caso es que tuviera alcohol, aunque su sabor fuere el que fuese.

—¿Adónde vas a parar con eso, Fred?

—A un punto que nos afecta por igual a los dos, Lucy. Nuestra palabra no vale un centavo, si la policía o los médicos se ponen a analizarnos, de acuerdo con nuestro historial. Me has dicho que estuviste en un manicomio, ¿no?

—Bueno, algo parecido. No estaba loca. Pero sufrí un fuerte golpe, siendo niña. Al empezar mi desarrollo y comenzar a ser mujer, el golpe dio malos resultados. Empecé a sentir molestias en la cabeza. Me hospitalizaron, y empeoré. De allí pasé a un establecimiento psiquiátrico, donde permanecí varios meses. Por fin, me dieron de alta y volví a la vida. Desde entonces estoy totalmente curada, Fred.

—Claro, Lucy. Yo no pongo eso en duda. También dejé yo de beber y me olvidé de todo eso. Pero mi ficha clínica consta aún. Y en ella dicen que una vez me recogieron alcoholizado, y me sometieron a tratamiento. Ya olvidé la época en que era un borracho. Sin embargo… ¿qué diría la policía, si vamos con nuestra historia, y descubren que tú tuviste trastornos mentales, que te llevaron a un establecimiento psiquiátrico, y yo fui un borracho

empedernido? No creo que nuestro testimonio, entonces, les resulte muy convincente, aunque de primera intención nos creyesen… cosa que tampoco está demasiado segura.

Lucy, desalentada, inclinó la cabeza. Las luces alegres de las vísperas navideñas en Logan City se reflejaron en sus cabellos de un color oro viejo.

—Entiendo —dijo con voz ronca—. Es como saber algo… y no poderlo decir a nadie.

—Más o menos —suspiró Fred, con la mirada muy lejana—. Pero no te preocupes. Creo que aunque fuéramos los seres más convincentes del mundo y no existiera ficha alguna en poder de los médicos, sería exactamente lo mismo. No iban a creernos.

Hubo un silencio. Fred empezó a hacer de nuevo la maniobra de arranque. Lucy le miró, vacilante. Luego, de súbito, disparó la pregunta que la tenía preocupada desde hacía bastante rato:

—Fred… Tú… ¿tú qué opinas… sobre «aquello» que vimos?

El joven conductor tenía ya el motor en marcha. Apretó los labios, hasta que éstos formaron una prieta línea. Pareció reflexionar, y finalmente dijo:

—Mira, Lucy, si he de serte sincero, ni siquiera sé qué opinar. Es todo demasiado complejo para mí. Pero creo que eso no es lógico, no es natural. Incluso me pregunto si era realmente corpóreo, si tenía consistencia física lo que vimos.

—Sabes que sí. No se trata de ninguna alucinación… aunque otros puedan pensarlo así.

—¡Oh!, claro. Eso lo sé muy bien. No me refiero a su realidad… sino a su condición. La verdad, Lucy, si te paras a pensar, si tratas de recordar aquellas formas raquíticas del recipiente… te darás cuenta de que no eran realmente humanas…

CAPÍTULO III

SECRETO CANDENTE

AS cosas podían ser muy distintas, con sólo un intervalo de veinticuatro horas por medio. O al menos podían parecer distintas. Lo cual ya era suficiente.

La nieve continuaba siendo blanca, el cielo encapotado, el clima frío e inhóspito en todo el norte del país. Las carreteras, poco frecuentadas, ofrecían siempre el peligro del hielo en su asfalto.

El parador, con su ambiente acogedor, confortable, con su buena calefacción, su máquina de discos, funcionando con una simple moneda en la ranura, sus «sandwiches» calientes, su café humeante y su luz azul, fluorescente, era el refugio grato de siempre, para automovilistas, chóferes y transeúntes ateridos de frío.

Detrás del mostrador, mientras Neil Sedaka, Paul Anka o «Los Platters» entonaban sus últimos éxitos, Lucy Lañe continuaba sirviendo a los clientes de cada día o de cada semana.

Y, sin embargo…

Sin embargo, las cosas no eran ya igual. Había por medio un simple día. Unas horas normales. Lo que mediaba entre haber cerrado la noche antes, haber partido con Fred, hacia Logan City, haber dormido… Bueno, haber dormido mal.

Pero había dormido, a fin de cuentas. Una pesadilla con «embriones» humanos —o lo que fuese—, con camiones que estallaban, con coches que caían por un barranco, hundiéndose en la nieve…

El desayuno, sin apetito, frente a un espejo que le devolvía

cruelmente una imagen penosa de sí misma. Y luego, el retorno, en autobús, hacia el parador, a la hora de costumbre.

Al pasar por la curva, había descubierto que los hombres de la Patrulla de Tráfico se habían llevado el camión y el coche volcado. Ya no había rastros del siniestro en la carretera de Logan City. Pero sí en su mente, en su espíritu, incluso en su cuerpo, cansado tras una larga noche de mal sueño.

Ahora, la sonrisa estereotipada de siempre, la mueca inevitable, si se quería servir a gusto del cliente y a gusto del severo Mr. Cranston, propietario de la cadena de «houseroads» y de «moteles», ocultaban sus interiores preocupaciones. Pero éstas no interesaban al cliente. Había que hacer buena cara para conservar el empleo.

Se preguntaba qué sería de Fred Blakers. Qué pensaría mientras tanto, qué haría en relación con lo que sabía, con lo que los dos sabían muy bien. La existencia de los cuerpecillos sumergidos en líquido, de las criaturas diminutas, sin ojos en el rostro…

—Una taza de café y un «hot-dog» —anunció Lucy, depositando una bandeja ante un cliente.

—Gracias, preciosa. ¿Qué te ocurre hoy? Pareces muy seria…

Lucy forzó la sonrisa lo más posible, al responder:

—Será por haberte visto entrar —y se alejó, mientras el hombre reía, divertido por su ocurrencia.

Recogió en la cocina unos huevos con jamón, té, tostadas con mantequilla y un tarro de mermelada, que depositó sobre su bandeja de plástico, encaminándose con todo ello hacia el mostrador nuevamente.

Sirvió a un motorista de chaqueta de cuero, casco y gafas subidas sobre éste. El hombre le dio las gracias y pidió una guía de Logan City para comprobar algo. Lucy se la sirvió, tras buscar entre un montón de folletos, guías y publicaciones turísticas en un armarito del fondo.

—Aquí tiene —dijo al hombre—. Su guía.

Entonces vio al otro hombre. Debía de haber entrado mientras ella buscaba. Era de aspecto vulgar, llevaba gafas de sol, muy oscuras, guantes de piel, de forro muy recio, y traje oscuro. Se había sentado en el último taburete, junto a la puerta.

—Café caliente —pidió.

—Bien, señor. ¿Algo de comer?

—No, gracias. No tengo apetito. Sólo café.

Lucy lo pidió, sin perder tiempo. Le entregaron el café por la ventanilla de la cocina, junto con otros artículos pedidos. Sirvió, dejando para el final el café solo. Se lo llevó al hombre. Observó que estaba impaciente, mirándola a través de las gafas oscuras. Tabaleaba sobre el mostrador, y echó rápidamente dos tabletas en el café, moviéndolo con la cucharilla y sorbiéndolo muy rápido.

Lucy no se extrañaba de nada. Siempre había gente con prisas allí. Miró hacia la carretera. En el claro que formaba ante el parador, donde se detenían los vehículos, junto al surtidor de gasolina, había varios vehículos parados. Los mismos que viera poco antes. Solamente había uno más, que sin duda era el del hombre del café solo y las tabletas. Un camión. Un camión «Leyland», con el remolque rojo. Y el nombre de una lavandería: «Cleanex Laundry - Bay Town».

—¿Qué le debo, señorita?

Ella no pudo contestar de momento. Ni siquiera le oyó, en realidad. Estaba como petrificada, con la vista dilatada, fija en el camión rojo, sin poder creer lo que veía. ¡El camión rojo! Era el mismo…

Un camión idéntico, con el mismo color, el mismo rótulo… Un duplicado exacto del «otro»…

La sacudió un escalofrío. Una viva sensación de terror se apoderó de ella. Le pareció tener de nuevo ante sí la dantesca visión de aquellas criaturas espantosas, de aquellos seres, auténticos monstruos propios de una pesadilla inconcebible. Como si sus pupilas fueran auténticos rayos X, perforando el metal esmaltado de rojo, con aquel título de una lavandería de la cercana Bay Town…

—Señorita, por favor… ¿qué le debo?

El cliente insistía, sin retirar de ella sus espejeantes gafas negras, que ocultaban por completo la existencia de sus ojos. Lucy, casi a viva fuerza, bajó los ojos, apartándolos del exterior, del rojo, obsesionante camión «Leyland»…

—Son… son veinte centavos, señor… —musitó torpemente, pugnando por desviar la mirada del camión.

El hombre la estudiaba con una atención excesiva. Lucy empezó a ponerse nerviosa. Muy lentamente, las manos enguantadas depositaron sobre el mostrador un níquel. Luego, el cliente se

levantó, siempre con la mirada fija en Lucy, a través de sus gafas oscuras.

Luego, giró despacio y echó a andar hacia la salida. Lucy, con manos temblorosas, recogió el dinero y caminó hacia la cocina. Tropezó con una compañera, que la miró con extrañeza.

—Lucy, estás blanca. ¿Te ocurre algo? —habló la otra.

—No, no, nada… —musitó ella, apoyándose en la pared, sintiendo vacilar sus piernas, al doblársele las rodillas—. No es nada, Marión…

Trató de avanzar, pero su nerviosismo era tal que volvió a tropezar, ahora con el gerente del parador, que entraba tras el mostrador. En el exterior, el motor del camión se puso en funcionamiento. Giró ella la cabeza, vio partir el vehículo. El hombre de gafas negras iba al volante…

—Lucy, tenga cuidado… —dijo el gerente, con amabilidad.

—Sin duda está enferma, señor Craig —intervino la camarera llamada Marión—. También tropezó conmigo… Vea su palidez, sus temblores…

El hombre la estudió en silencio. Luego, asintió.

—Es verdad, Marión —afirmó—. No está usted bien, Lucy.

—Le aseguro que no me…

—Sé que es una muchacha muy trabajadora y eficiente —sonrió Craig—… No intente engañarme. Se aprecia que está mal. Váyase a casa. No necesita volver hasta mañana. Vamos, debe descansar.

—Pero si yo…

—¿No me ha oído? —insistió Craig, con cordial firmeza—. Debe irse. Será mejor. Para usted… y para el trabajo. Unas horas de calma le irán muy bien, ya verá.

Lucy asintió por fin. Sí, tal vez sería mejor. Pensándolo con calma, comprendía que no iba a ser capaz de servir cosa alguna a derechas. Su imaginación estaba en otro lado. Y su angustia, su nerviosismo, eran terribles, demasiado grandes para poder controlar sus actos…

—Sí, gracias, señor Craig. Creo que, después de todo, será mejor así…

Se despojó de sus prendas de servicio. Tomó su abrigo y guantes, y con un saludo rápido a los demás compañeros de trabajo se encaminó a la puerta. Antes, miró bien en torno suyo, al pisar la

rotonda semicircular del parador. Había camiones, coches y motos, Pero ningún vehículo rojo de carga.

Echó a andar con rapidez. Un nombre se repetía, monocorde, insistente, con la vibración angustiosa de un «tam tam» de la selva, dentro de su cerebro:

«Cleanex Laundry»… «Cleanex Laundry»… «Cleanex Laundry»…

Era el nombre que no había logrado recordar. El que figuraba en la carrocería del camión destruido por la explosión de gasolina…

Y otro camión igual había pasado ante sus ojos poco antes. Por la misma carretera… Con un hombre extraño e inquietante, que tomaba pastillas con el café, y miraba insistentemente, a través de unas gafas negras, similares a las de los motoristas, que ni siquiera permitían descubrir sus pupilas por los lados.

Rápidamente, cruzó el claro, hasta la estación de aprovisionamiento. Cruzó entre los azules bloques esmaltados de los depósitos de gasolina, y entró en la cabina telefónica de paredes encristaladas, al extremo lateral de la estación gasolinera.

Rebuscó en su bolsillo, hasta dar con un níquel. Lo echó en la ranura y marcó un número de Logan City. Era el de Fred. Él se lo había dado, cuando se separaron la noche anterior, por sí le hacía falta. Lo llevaba grabado en su mente. Sólo que no había esperado tener que utilizarlo tan pronto…

Al otro extremo, zumbó el teléfono. Una, dos, tres veces… Empezaba a impacientarse, devorada por los nervios, cuando se descolgó el receptor y se puso una voz de mujer:

—¿Dígame?

A Lucy, el corazón le dio un vuelco. Podía haberse equivocado de número. O Fred no era soltero, como decía. O, si lo era, no vivía solo. Tal vez la mujer se sintiera entonces celosa de la llamada de otra mujer. Confió en que no ocurriera así.

—¿Es la vivienda de Fred Blakers, por favor?

—Sí, ¿quién le llama? —la voz femenina parecía perfectamente normal, sin recelos.

—Soy… soy Lucy Lañe, una conocida suya. Deseaba hablarle… sobre una cuestión de suma importancia. Le ruego no me interprete mal, señorita, pero…

—No la interpreto mal —sonrió sin duda la mujer, al cortarla, a juzgar por el tono de su voz—. Y usted tampoco lo haga conmigo.

Soy Ada Blakers, la hermana de Fred. Hable con confianza, amiga mía.

—¡Oh!, gracias —suspiró Lucy—, Así está mejor. ¿No está Fred en casa?

—En este momento, no. Ha ido a recoger unos encargos a «Jackson & Co.» ¿Quiere que le dé algún encargo?

—No, no, era algo que tenía que decírselo a él… —respiró hondo—. Luego, añadió apresuradamente: —Dígale que he visto otro camión rojo frente al parador.

—¿Cómo? —inquirió Ada Blakers, sorprendida.

—Otro camión rojo. Ca-mión ro-jo —silabeó Lucy—. Eso bastará. Dígale que era igual que el que vimos anoche. Pertenece a una lavandería de Bay Town… y su conductor me miraba de un modo raro.

—Bien, se lo diré como usted me lo ha dicho, señorita Lañe.

—Gracias. Es todo… —de súbito, miró con terror ante sí. Allá fuera, al final opuesto del surtidor… ¡Estaba de nuevo el camión rojo de la lavandería!

Había regresado, estaba acercándose, como si fuese a surtirse de gasolina. Y si hacía tal cosa… la vería a ella dentro de la cabina telefónica… No. ¡No debía seguir allí en modo alguno!

—¡Espere! —gimió—. ¡Diga a Fred que tengo que irme! ¡Ha vuelto… está ahí ahora…!

Sintió que se erizaban los cabellos de su nuca, al mirar hacia el camión. Añadió con un hilo de voz:

—Creo… ¡Creo que ese hombre del camión me está mirando ahora! —y con un gesto súbito, violento, de vivo horror, colgó y se apresuró a abrir la puerta vidriera, saliendo con rapidez de la cabina telefónica.

El camión parecía seguir hacia los surtidores. Para ello, iniciaba un giro por delante del edificio alargado, de ladrillo y cristalera, con una gran visera o marquesina curvada. Rápida, Lucy hizo todo lo contrario.

Rodeó la cabina telefónica, y pasó por detrás del edificio. Había allí un descampado, que quedaba apartado de la carretera, por el que se lanzó apresuradamente, para huir de la búsqueda de los que imaginaba ojos inquisitivos, del hombre de las gafas negras.

Sus pasos eran rápidos, muy ágiles. Salvó de un brinco un

desnivel, lanzándose en una zanja que corría paralela al prado, por la cual apresuró más aún su paso, en busca de la evasión, a lo que intuía podía ser un grave peligro para su seguridad.

Al final de la zanja o hendidura, un grupo de matorrales marcaban el terraplén de acceso a la carretera. Lucy lo alcanzó, jadeante, miró tras de sí, comprobando con alivio que nadie la había seguido. Luego, rodeó el matorral, iniciando el ascenso…

El grito de terror se ahogó en sus labios, apenas iniciado. Una poderosa mano, grande y enguantada, que cayó sobre su boca, la taponó con energía. Un rostro crispado, inexpresivo, de ojos invisibles tras los vidrios oscuros, estaba a menos de una pulgada del suyo. Un brazo potente, musculoso, rodeó su cuerpo, la oprimió furiosamente, impidiéndole todo otro movimiento que no fuese patalear sin resultado alguno.

¡El hombre del camión había intuido su ruta de fuga, había rodeado el lugar, por la parte alta, saliendo finalmente a su encuentro tras el matorral, en un lugar donde difícilmente podía advertirlo nadie, ya que quedaba en la parte posterior del parador!

Lucy luchó furiosamente contra el hombre. Se debatió con rabia, pero era muy fuerte. Parecía un monstruo férreo, apresándola en forma inexorable.

Estaba aterrada.

—Lo siento, señorita— dijo una voz ronca, sibilante, junto a su oído—. Ha cometido ya demasiados errores…

Lucy vio borrosamente el camión, parado en la cuneta de la carretera.

De súbito, la mano del hombre cayó con violencia contra la nuca de Lucy. La dejó inerte en el acto, desvanecida por el fuerte golpe. La cargó con facilidad entre sus brazos, salió a la carretera, cruzándola con parsimonia, sin prisas.

Se encaminó a la parte posterior del camión. Movió una palanca, y la puerta se abrió. Rápidamente, lanzó dentro a Lucy. Luego, cerró de nuevo, soltando una risita burlona, siniestra.

—Cuando despiertes, te encontrarás en una compañía que te hará desear mil veces haber muerto, pequeña curiosa— dijo entre dientes, con fría complacencia.

Alcanzó la cabina, subió a ella, cerrando la portezuela, y reanudó la marcha con el camión, hacia Logan City.

CAPÍTULO IV

¡EN COMPAÑÍA DEL HORROR!



RED empujó la puerta de la casa, con gesto cansado.

Entró en la vivienda, dirigiéndose a su gabinete de trabajo. Aún tenía que repasar las listas de carga para trasladar con su camión aquella tarde. Esperaba que todo estuviera dispuesto para la llegada del enviado de la Agencia.

—¿Eres tú, Fred? —dijo la voz de Ada, desde la cocina.

—Claro —suspiró él—. ¿Quién iba a ser, si no?

Estaba ya en medio del pasillo, cuando a sus espaldas volvió a sonar la voz de Ada Blakers:

—Te han telefoneado hace un momento, Fred. Era una chica.

—¿Una chica? —se volvió Blakers. Su hermana estaba en el corredor también.

—Sí. Lucy Lañe.

—¡Lucy! —Fred se interesó en seguida — . ¿Qué es lo que quería?

—Bueno, era algo raro. Habló sobre un camión rojo. Dijo que había otro igual delante del parador… y que pertenecía a una lavandería de Bay Town.

—¡Cielos! —un frío extraño recorrió su espina dorsal. Miró fijamente a su hermana, y avanzó hacia ella con premura—. ¿No dijo más, Ada?

—No. Parecía tener mucha importancia para ella ese detalle del camión rojo… Al final, me dio la impresión de que estaba muy

asustada. Dijo que el camión volvía… y que el hombre que lo conducía la estaba mirando… Después, colgó.

Fred no esperó más. Se lanzó a la carrera hacia la puerta de la vivienda. Ada corrió en pos de él, sobresaltada.

—¡Espera! —le gritó—. ¿Adónde vas ahora, Fred?

—¡Tengo que ver a esa chica! —respondió Fred, ya casi en la calle—. ¡Esa llamada puede ser muy importante… y es posible que ella tenga en estos momentos su vida en peligro!

—Pero, Fred, no seas loco… Tienes el camión en el garaje, están repasándolo… No podrás utilizarlo…

—En ese caso, tomaré un taxi. Pero de cualquier modo… ¡tengo que llegar al parador!

Cerró tras de sí, dejando llena de estupor a Ada. Corrió acera abajo, hacia la cercana manzana, donde Windy tenía el garaje en el que encerraba siempre su camión.

Una vez allí comprobó que, desgraciadamente, Ada tenía razón. Windy había desmontado parte del motor. Tardaría un par de horas en volverlo a tener montado. Demasiado tiempo. Fred estaba bien seguro de que sería tal vez fatal para Lucy, si algo sucedía en realidad en el parador.

Utilizó el teléfono de Windy para llamar al parador. Cuando se estableció la comunicación se puso una voz de mujer que no era la de Lucy.

—Soy Fred —dijo el camionero—. Fred Blakers. Busco a Lucy. Es urgente. ¿Puedes avisarle que se ponga?

—Creo que no, Fred —rió la voz femenina—. Pero si yo te sirvo igual… Soy Marión, y tengo la tarde libre…

—No, no me sirves, preciosa —cortó Fred, de mala gana—. Es a Lucy a quien busco. Y no para salir esta tarde. ¿Dónde está ahora?

—No sé. Supongo que en su casa. Se fue.

Fred dijo:

—¿Se fue? Es su hora de servicio, ¿no?

—Sí, pero de repente pareció ponerse algo enferma. El patrón la mandó a casa. ¿Por qué no llamas allí? Seguramente ha llegado ya. Su teléfono es Lincoln 34-12-6.

—Gracias, Marión —le mandó un beso por el receptor—. Algún día te llamaré para llevarte a bailar o al cine, no te preocupes.

Colgó, marcando rápidamente otro número: Lincoln 34-12- 6, de

Logan City.

El timbre repicó varias veces al otro extremo del hilo, pero nadie respondió. Por si había cometido un error al marcar, repitió las cifras y esperó. Nuevos timbrazos, con el mismo negativo resultado. Colgó otra vez, ahora definitivamente.

Tenía el rostro sudoroso. Y una creciente sensación de angustia y de temor. Temor por Lucy Lañe, angustia por su seguridad personal…

Ella había visto de nuevo un camión rojo. Había sido presa del terror, hasta el punto de ser enviada a casa. Y ahora no estaba tampoco en su domicilio. El hombre del camión rojo, de una lavandería de Bay Town, la había mirado fijamente mientras ella telefoneaba, por lo que Ada interpretó al teléfono…

—¡Dios mío!… —jadeó, desesperado, aferrándose la cabeza entre ambas manos—. ¡Dios mío!, ¿qué puede haberle ocurrido? ¿Qué puede sucederle ahora a Lucy?

* * *

Tinieblas. Tinieblas… y silencio.

Era todo lo que podía ver. Y oír.

Allí dentro no parecía haber nadie más que ella. Ella sola. En un lugar sombrío, impenetrable… y que estaba en movimiento, era evidente. Aquello rodaba, se movía a considerable velocidad, si su sensación física era cierta.

Un escalofrío sacudió a Lucy cuando comprendió borrosamente dónde podía hallarse, dónde estaba en estos momentos… ¡EL CAMIÓN! En el interior del remolque rojo…

Sus ojos desorbitados se clavaron en la oscuridad circundante, queriendo atravesarla, descubrir lo que allí podía hacer. Al mismo tiempo, aguzaba el oído en busca de un ruido, de un roce, de cualquier cosa que le indicara proximidad de «alguien»… o de «algo».

Pero no advirtió nada. Y aquel silencio, aquel no saber si viajaba sola o en las sombras del camión, era todavía más enervante, más terriblemente angustioso y estremecedor.

Recordó la aparición del hombre, el ataque, la súbita y dolorosa forma de golpearla, que la dejó inconsciente… ¿Adónde la

conducían ahora? ¿Qué pensaban hacer con ella?

Seguramente la habrían ligado y amordazado. Trató de moverse y lo logró. Quiso despegar los labios, modular un sonido… y escapó de su garganta un gemido ronco.

No la habían atado ni cubierto la boca» Podía moverse, correr, gritar… Pero antes, al proferir un gemido, observó algo curioso. Allí no había ecos. El sonido se amortiguaba, se apagaba al chocar con las paredes. Evidentemente, el camión estaba hecho a prueba de ruidos. También sería blindado, imposible de abrir desde dentro. En realidad, eso la dejaba tan reducida a la impotencia como si estuviese auténticamente atada y con una mordaza en la boca.

Se incorporó. Caminaba con dificultad dentro del vehículo a toda marcha. Era difícil mantener el equilibrio en esas circunstancias. A duras penas lo logró, moviéndose hacia la parte posterior, calculando por la dirección en que avanzaba.

Tocó las puertas, una cerradura. Estaba asegurada firmemente, porque no cedió a sus esfuerzos. Retrocedió, tanteando los muros del camión. Así llegó hasta el otro fondo, el que debía comunicarse con la cabina del chófer.

Le sorprendieron sus dimensiones. Desde fuera, el vehículo parecía mucho mayor. Al avanzar se llegaba demasiado pronto al final. ¿Por qué?

Su mano tanteó cuidadosamente. No, aquello no era metal. Era, simplemente, una cortina plástica, de bastante peso. Cubría por completo el recuadro del camión, del techo al suelo, y de un muro a otro.

Quizá detrás estuviese la carga del misterioso camión… Quizá, pensó con horror, otra espeluznante cisterna cuajada de cuerpos horribles, humanoides diminutos, en embrión.

Pero Lucy era una muchacha valerosa. Prefería la seguridad absoluta a las dudas y temores. Optó por encararse con la verdad. Cruda, fría, resueltamente…

Su mano aferró la cortina, tiró rabiosamente de ella. Sin duda, una cremallera la debía de cerrar, porque se percibía un chirrido prolongado; la cortina cedió y se abrió a ambos lados como movida mecánicamente.

Lucy miró ante sí… y se enfrentó con lo que había dentro del camión.

Lanzó un estridente chillido de horror, retrocedió tambaleándose, llena de pánico y de repugnancia…

—¡Oh, Dios mío, no! —jadeó—. ¡No es posible!…

* * *

Fred Blakers regresó a la carrera hacia el taxi que le esperaba en la carretera. Acababa de efectuar dos llamadas telefónicas más, a través del receptor de la cabina de aquel surtidor de gasolina, situado a cuatro millas del parador.

El resultado había sido igualmente inútil. Ni en su casa ni en el parador sabían nada de Lucy Lañe. No había represado a éste, ni llegado a aquélla. Claro que cabía la posibilidad de que se hubiera metido en un cine, de que hubiese emprendido un paseo o mil cosas más.

Pero Fred seguía inquieto, preocupado. Saltó al interior del taxi de un salto. El chófer se volvió, mirándole de soslayo,

—¿Continúo, señor? —inquirió.

—Sí, prosiga hacia Bay Town. Y no reduzca la marcha, por favor. Apriete todo lo que pueda.

—Muy bien. Pero si nos pilla un motorista, espero que la multa la pagará usted.

—No se preocupe. La pagaré.

La carrera se hizo vertiginosa, subiendo la pendiente de la carretera. El taxi era un automóvil moderno y rápido. Lo demás, lo hacía el taxista, a medias con la orden de su viajero.

Devoraron la distancia hasta el parador. Frenó en seco el taxista cuando Fred le dio una voz. Luego saltó a tierra, atravesó las puertas del local y se encaró con Marión, la camarera, con las otras muchachas de servicio y con el honorable señor Craig, gerente del local, que le estudió, sorprendido. Los clientes del local se volvieron hacia él, sobresaltados.

—Vaya, señor Blakers —habló Craig, que le conocía—. ¿Le sucede algo?

—No, nada… —Fred tomó aliento—. Estoy buscando a Lucy Lañe, su empleada…

—¿Lucy? —Marión intervino, intrigada—. Pero, Fred, te he dicho ya que no sabemos nada de ella. Se fue a casa, al parecer algo

indispuesta. ¿No has probado a llamarla?

—Claro que lo probé. Pero no está en casa.

—¿No está? —Craig frunció el ceño—. ¿Y cree que le ha sucedido algo?

—Es lo que trato de averiguar. Creí que pudiera haber vuelto… o alguien la ha visto después de irse.

—Aquí no. Si acaso, busque usted en la estación gasolinera, pero no creo que tenga éxito. Tengo entendido que Lucy se marchó. Lo que ignoro es hacia dónde, puesto que no está en su vivienda.

Fred le dio las gracias precipitadamente y se alejó hacia los surtidores. Allí encontróse con un empleado de mono azul, que escuchó sus preguntas, meneando negativamente la cabeza. Era otro de sus conocidos de la ruta habitual.

—No, lo siento, Blakers —dijo—. No le puedo ayudar. No vi a Lucy, la verdad. Si llamó desde aquí no me di cuenta. Hemos tenido bastante trabajo hoy, ya que al cesar la nevada el tráfico se ha hecho más abundante.

—Sí, lo entiendo. Pero tal vez sí viera usted un camión rojo, con el nombre de una lavandería de Bay Town, rondando por aquí cerca…

—¿Un camión rojo ha dicho? —el empleado frunció el ceño—. Espere… Sí, he visto uno. Y era, en efecto, de una lavandería.

—¿Hacia dónde se fue?

—Hacia allá —señaló a Logan City. Fred se dispuso, a grandes zancadas, a partir de nuevo hacia el taxi. Pero el mozo de la gasolinera le detuvo con una voz—: ¡Espere aún!

Fred esperó. Giró la cabeza, pendiente de lo que dijera el empleado. Este, tratando de recordar, expuso lentamente:

—El camión estuvo ahí parado… Su ocupante me pidió que le pusiera gasolina, y así lo hice. Al salir, me pagó y se marchó hacia Logan City… Pero luego le vi volver, pasó ante el surtidor y se fue a parar allá… —señalaba la ruta de Logan City—, No advertí más hasta que de nuevo lo vi pasar por delante. Pero ahora rumbo a Bay Town, al parecer.

—¡Bay Town! —Fred corrió al taxi, sin esperar a más. Entró de un salto e indicó—. ¡A Bay Town, a toda velocidad, amigo! Y ya sabe: si hay multa, yo pagaré…

—De acuerdo, patrón —rió el taxista—. Por mí… iremos a cien

millas sí es posible.

El joven dijo:

—Tiene que ser posible. Puede ir en ello una vida humana…

* * *

Aquellos embriones humanoides, o lo que en realidad pudieran ser los repulsivos cuerpecillos sumergidos en el líquido de la urna, tal y como los vieran ella y Fred Blakers la noche anterior, resultaban infinitamente más horribles y estremecedores sin el muro de cristal por medio.

La masa de criaturas, sin ropas, como un montón de cadáveres raquíticos, yacía en el camión, casi formando una pila informe de cuerpos vivos pero dormidos. Una tenue, difusa luz fantasmal, se extendía sobre los cuerpos allí tendidos. Procedía de una lámpara oblonga, colgada del techo del camión, tras el hermético plástico opaco que había ocultado aquella cámara hasta entonces.

El grito ronco, estremecido, de la aterrorizada Lucy pareció ser captado en el acto por la sutil sensibilidad de los hombrecillos. Vibraron algunos de ellos, incorporándose con movimientos perezosos. Eran tan delgados y raquíticos que su piel parecía translúcida, revelando sus venas y tendones. El aspecto general resultaba nauseabundo.

Se alzaron cabezas peladas, diminutas, como las famosas reducciones humanas de los indios jíbaros brasileños o lo nativos australianos. Sólo que todas aquellas cabezas, bajo el cráneo liso, brillante, en los rostros afilados y pequeños… NO TENÍAN OJOS.

Carecían de rendijas siquiera, de párpados o cualquier otra señal de la existencia de unos ojos. Solamente la carne, lisa y sin forma, bajo las cejas casi peladas.

A pesar de ello, «Estaban mirando» a Lucy. No miraban, naturalmente. Pero su apariencia era la misma. Mantenían el rostro girado hacia ella, como si pudieran verla, como si un extraño radar les hiciera captar a la perfección la presencia de la intrusa no lejos de ellos, al hacer rebotar en sus cuerpecillos repugnantes las radiaciones de la muchacha.

Uno despegó los labios. Habló a los otros. El sonido que escapó de esos labios no resultaba agradable, ciertamente. Era como un

chirrido, un sonido extraño, igual al que produciría una cinta magnetofónica puesta a diferente velocidad de la normal. Pero sus semejantes parecían entender muy bien.

Todas las cabezas se volvieron, como mirando hacia ella, aunque la acción de «ver» era imposible en gente sin pupilas. Lucy, aun dentro de su tremendo horror, descubrió que los cuerpos, pese a su raquitismo, eran ligeramente mayores que los que vieran en la urna de cristal, repleta de líquido. Existía una diferencia de volumen como entre niños de dos a cuatro años. No más, desde luego.

Del montón informe, repelente y viscoso formado por los cuerpecillos echados en raro letargo, se alzaron varios cuerpos. Dos, cinco, diez, quizá catorce o quince. Los demás siguieron dormitando como animalillos en la jaula de un zoo.

Aquella quincena aproximada de seres menos perezosos, se movieron hacia Lucy. Con pasos lentos, frágiles. Y aunque no veían, caminaban en línea recta hacia ella.

Lucy dominó su terror, se abstuvo de gritar. Rápida, sigilosamente, corrió hacia el lado opuesto del camión. Como una columna bien disciplinada, los hombrecillos enmendaron la marcha en el acto y echaron a andar hacia donde ella estaba ahora. No habían hecho el menor ruido delator. De modo que aquellos seres «sabían» dónde estaba su objetivo, aunque no lo vieran. Eran como murciélagos. Un sentido especial les guiaba, captaba el emplazamiento del adversario. O de quien fuese.

Lucy gritó, angustiada, desesperada, cubriéndose el rostro con las manos. No sin antes descubrir la clase de manos que aquellos pequeños monstruos poseían.

Eran manos huesudas, fibrosas… en las que los dedos eran la mitad de la longitud de los dedos vulgares en un ser humano. El resto, hasta una longitud normal, eran durezas, algo parecido a uñas o garras, puntiagudas, duras y engarbadas.

¿A qué especie pertenecían… qué clase de seres eran aquéllos… y de dónde venían?

Lucy Lañe retrocedió paso a paso, tratando de eludir al grupo de curiosos entes que se le venían encima. La sola idea de tenerlos cerca, de sentir un simple contacto con su piel viscosa, le producía una repugnancia invencible, un horror sin límites.

Además, aquellos seres quizá no se conformasen con estar cerca

de ella, con ahogarla en su repugnante proximidad… sino que tratasen de aniquilarla, de herirla o torturarla.

Era raro, pero a medida que estaban más cerca, una especie de profundo, de total aturdimiento, se apoderaba de ella. Quería pensar y no podía. Quería dominar sus ideas y reflexiones y le era totalmente imposible.

Daba la impresión de que «algo» se interponía, se «filtraba» en su mente. Tal vez aquellos pequeños monstruos ciegos… Tal vez ellos… despedían radiaciones que anulaban el poder mental… Sí, tenía que ser eso… No era posible que el terror fuese capaz por sí solo de anular hasta ese punto a un ser humano.

Chilló desesperada, rabiosamente. Se volvió, golpeó con sus puños el muro metálico que le cerraba toda escapatoria, sintiendo más y más cerca aquella sensación de frío y de luminiscencia pegajosa que despedían los diminutos entes sin ojos.

—¡Quiero salir! —chilló—. ¡Sacadme de aquí! ¡Por Dios, libradme de este horror! ¡Quiero salir, quiero salir de aquí!… ¡Por el amor de Dios, sáquenme de esto!…

Era inútil, por supuesto. Lo único que creyó advertir es que el camión se detenía. Pero quizá ni eso era cierto y sí únicamente una falsa impresión suya en el momento del paroxismo.

Le tocó algo, un cuerpo de aquellos. El contacto erizó sus cabellos. Era una carne fría, pegajosa y horrible. Unos dedos tumefactos, blandos, le rozaron el rostro. Aulló con vivo espanto y se revolvió. Con tal violencia, que el cuerpo del hombrecillo que la tocara saltó por el aire, despedido por el choque con Lucy.

Así descubrió la fragilidad insuperable de los embriones o lo que fuesen. Pero lo que con uno era cosa fácil, no podía serlo con un grupo de ellos. Los demás parecían sorprendidos con la caída del compañero, que sin duda captaron tan perfectamente como si tuvieran ojos.

Tras una vacilación evidente se lanzaron apresuradamente sobre ella. Iban a arrollarla, a aplastarla. Y aunque de momento no la destruyeran de algún modo infernal, Lucy Lañe estaba bien segura de algo: su solo contacto, el sentirse arrollada por un puñado de fríos y blandos hombrecillos ciegos, le causaría tal horror, tal repugnancia, que no lo resistiría…

Además, las uñas de uno de los seres le rozaron la blusa. Esta se

rasgó brutalmente, como si hubiesen sido púas de acero las que la hirieran. Bajo aquella arma temible, difícil iba a ser su supervivencia por mucho tiempo.

Resignada, cerró los ojos, disponiéndose a morir…

CAPÍTULO V

LA ANGUSTIA CRECE



UE entonces cuando sonaron los disparos en el exterior.

Los proyectiles rebotaron en el metal, con áspero maullido, entre detonación y detonación.

Se abrió violenta, rudamente la doble hoja metálica de la puerta del camión. Un alud de luminosidad diurna penetró en el misterioso vehículo.

Con un concierto espeluznante de chillidos agudos, chirriantes, retrocedieron los hombrecillos, acurrucándose en el fondo. Sus hermanos de raza se habían incorporado también y parecían tan asustados como los anteriores ante la invasión de luz del día, más cruda aún por el vivo reflejo en el blanco deslumbrante de la nieve. El camión se hallaba parado en terreno blando, nevado, fuera de la carretera.

—¡Sal de ahí, Lucy! ¡Pronto!— rugió una voz potente, firme.

Era Fred. Fred Blakers, empuñando una pistola automática, humeante, que había casi vaciado sobre las cerraduras posteriores del camión. En el suelo, ante él, yacía un hombre, de bruces sobre la nieve. Era el individuo de gafas negras, manos enguantadas y cuerpo poderoso.

Lucy no se hizo repetir la orden. Salió del camión, casi arrastrándose, y saltó a la nieve. Un brazo de Fred la sujetó, mientras el otro se mantenía por delante, armado, apuntando al interior del camión.

Disparó sobre uno de los hombrecillos, el primero. Ocurrió algo espeluznante.

El enano se convulsionó, con un chillido agudo, terrible. Su cuerpo se deshinchó, como si fuera una bolsa repleta de líquido. Se formó un charco acuoso, blancuzco, a sus pies, antes de que se arrugase de forma inverosímil y cayera sobre el suelo metálico del camión como un globo roto.

Los demás brincaron, excitados, en una rara danza macabra, irreal, que hizo desorbitar los ojos de Fred con estupor.

—¡Dios mío! Fred, has venido… —susurró Lucy—. Es… es como un milagro.

—Casi un milagro —asintió Fred—. He tenido que correr mucho hasta alcanzar este camión… Cuando lo vi, hice adelantar al taxi en que venía, lo detuve en la carretera y corrí hacia aquí, llegando a un lugar donde el camión tenía que reducir la marcha. Eso me sirvió para saltar a él. Pero el conductor se defendió rabiosamente, mientras desviaba el vehículo y lo metía en la cuneta. Lo derribé por fin. Luego utilicé la pistola de que me proveí antes de abandonar Logan City y rompí la cerradura. Por lo que veo, muy a tiempo…

—Sí, Fred, muy a tiempo… ¡Son espantosos, Fred! ¡Me atacaban! ¡Tienen garras, son fríos, viscosos, blandos!

—Lo imagino… Son todo eso… y temen a la luz, Lucy. Es evidente… —miró hacia el interior del camión—. Ahora tenemos ya las pruebas necesarias. Ha llegado el momento de hablar, de presentar este horror a las autoridades, y que ellos juzguen…

Cerró las puertas. No podía hacerlo del todo por estar rota la cerradura. Se inclinó sobre el hombre caído, lo volvió hacia arriba. Luego, mirando a Lucy, manifestó:

—Tengo una idea, Lucy. Te parecerá rara… pero quiero comprobarla.

Y rápidamente tiró de las gafas oscuras del hombretón que conducía el camión. Le costó más de lo que podía esperarse.

Estaban muy bien aseguradas a sus orejas. Pero por fin salieron.

Una doble exclamación de horror escapó de sus labios. Se miraron ambos con la faz lívida, desencajada.

EL HOMBRE DERRIBADO… NO TENIA OJOS.

* * *

A lo lejos apareció el taxi, avanzando a su encuentro.

Rehaciéndose, Fred sonrió e inclinóse, tomando entre sus brazos al hombre. Avanzó con él hacia el camión, abrió sus puertas posteriores y lo echó dentro.

—Bien —dijo a Lucy Lañe, que continuaba trémula de horror, apoyada en un árbol—. Una prueba más.

—Una prueba ¿de qué, Fred?

—De que hay «algo» entre nosotros. Tenemos «extraños» mezclados con los seres humanos. No sé quiénes son, ni de dónde han venido. Pero están aquí, se mezclan con nosotros y fingen ser como cualquiera de los demás humanos… sin serlo realmente. Ahí están ahora nuestras evidencias para la Ley. Espero que no haya dificultades en ser creídos.

—Yo también lo espero, Fred… por el bien de todos. Y porque ese espantoso montón de seres horribles acaben por ser exterminados. No son humanos… ¡no pueden serlo!

—Claro que no —se volvió, agitando la mano hacia el taxi—. Vamos, Lucy. Entra tú en el taxi. Yo conduciré el camión hasta Bay Town para entregarlo a la policía o a las autoridades militares. Alguien debe cuidarse de esto.

—Sí, Fred, yo prefiero ir en el taxi. Pero tú ten cuidado… Ese camión me causa terror.

—Vamos, no hay nada que temer ya. Esos tipejos son inofensivos, es evidente. Al menos en su actual estado y frente a la luz diurna. ¿Viste cómo se encogen bajo el impacto de la claridad? Después de todo, se parecen en muchas cosas a los murciélagos. Incluso en eso…

Acompañó a Lucy hasta la carretera, la mantuvo contra sí, protectora mente cogida por los hombros, con un brazo enérgico y fuerte. Agitó una mano hacia el taxista, indicándole que se aproximase.

En aquel momento a espaldas suyas sucedió lo imprevisto.

Fue un estallido violento, estremecedor, que conmovió todo como si el suelo mismo reventase o como si se abriera un volcán en plena nieve, súbitamente.

Fred y Lucy se volvieron con un grito unísono de asombro y

temor. Vieron lo que quedaba del camión rojo.

Aún entre llamas, envuelto en humo, y con un amplio cerco negruzco en torno, donde la explosión había derretido la nieve, el camión se extinguía, con todo cuanto albergaba en su interior.

Con un juramento, Fred se lanzó hacia él, en un desesperado esfuerzo por rescatar algo del inesperado caos, mientras el taxi frenaba, con el miedo reflejado en el rostro de su conductor.

—¡No, Fred, no vayas! —gritó Lucy, lanzándose en pos de él y sujetándole con todas sus fuerzas por ambos brazos—. ¡No te acerques ahí, por favor!

Fred la obedeció, vacilante. Quizás esa vacilación le salvó, porque un segundo estallido desintegró, convertido en miles de fragmentos calcinados, el camión de roja carrocería. Fuego, humo y hierros retorcidos y candentes saltaron por los aires con virulencia.

Del camión misterioso y su nefasta carga infrahumana no quedó nada en absoluto…

* * *

—¡Destruido… Destruido otra vez!… ¡Y ahora, sin estar en llamas, sin peligro alguno!

—Fred, creo que, a pesar de todo, deberíamos hablar a las autoridades, revelarles lo que sucede…

—¡Oh!, Lucy, hemos discutido ya eso. Sabes que no podemos hacerlo. Creí que esta vez habíamos triunfado, que teníamos todos los triunfos en la mano para obtener la credulidad de la gente.

—Y no fue así. Una vez más volaron las pruebas de nuestras manos, Fred. Tú entiendes más que yo de coches. ¿Qué pudo ocurrirle al camión?

—No lo sé. No llevaba fuego en parte alguna. No pudo inflamarse el depósito. Ni siquiera estamos en una época en que el calor pudiera calentar excesivamente la gasolina, aunque eso también sería muy poco probable. Todo estaba normal… y de repente se hizo pedazos. Saltó por los aires, hecho añicos, como por arte de magia.

—Tal vez llevaban algo explosivo dentro, alguna materia inflamable, que no vimos… —objetó Lucy, pensativa, mientras el desconcertado taxista les conducía de regreso a Logan City,

preguntándose aún qué diablos de juego se llevaban entre manos sus pasajeros y cómo había saltado por los aires aquel gran camión rojo.

—No, no era eso tampoco, estoy seguro… —meditó Fred, mirando fijamente hacia los arbustos nevados, los árboles cargados de blancos copos y las praderas cubiertas también de espesa nieve —. No podía ser nada de eso, Lucy…

—¿Entonces…?

—Estoy pensando… en algo más sorprendente y terrible. En algo que puede ser la explicación de esto de hoy… y de que anoche, después de volar el depósito de gasolina, en el otro camión, todavía se produjesen nuevos estallidos en el vehículo.

—No te comprendo.

—Explosión a distancia.

—¿Eh? —Lucy Lañe enarcó las cejas, sorprendida.

—Un estallido por control remoto. Un explosivo, el que sea, dentro del vehículo. Éste, controlado por alguien, desde lejos. Y cuando advierten que algo raro sucede, que el coche no está ya sometido a su control y existe el peligro de que alguien revele a la opinión pública el contenido siniestro de ese vehículo… ¡buuuum! El estallido, la destrucción inmediata, para terminar con ese peligro.

—Sí, Fred, eso parece tener sentido… pero suena a algo fantástico. Como en una novela de anticipación.

—¿Acaso no es fantástico lo que sucede? ¿Y esos seres horribles, dentro del camión? ¿Y esta aventura de locos que estamos viviendo?

Ella afirmó con un lento movimiento de cabeza. Luego declaró con calma:

—Fred, quisiera encontrar una explicación… algo que me aclarase todo esto de alguna forma.

—Pues tal vez la explicación de todo sea la que tú misma, sin darte cuenta, has sugerido hace un momento.

—¿Yo?

—Sí. Al hablar de novelas de anticipación… Infinidad de veces he leído que un día la Tierra llegaría a ser invadida por seres de otros planetas. Podemos estar frente a ese caso, Lucy.

—¿Invasores de otro planeta, Fred? ¡Es absurdo!

—¿Por qué ha de serlo? Esos seres que vimos… no son humanos.

—Pero, Fred, nadie sabe nada de nada, no se ha dicho cosa alguna, ni se teme nada parecido… Los seres humanos han subido ya al espacio exterior, dentro de proyectiles terrestres. Se conoce lo bastante del espacio como para que se pudiera prever una invasión así.

—Nunca se sabe lo bastante de aquello que desconocemos tanto, Lucy. De las propias selvas brasileñas los naturales del país desconocen un noventa por ciento o más. ¿Cómo tener mayor seguridad sobre el espacio?

—¿Iban a utilizar camiones de una lavandería para invadirnos? —Lucy rió nerviosamente—. Es un disparate, Fred…

—Aguarda —Fred le oprimió un brazo—. Eso que has dicho es importante…

Lucy preguntó:

—¿El qué, Fred? —Camiones de una lavandería… Naturalmente, no utilizarán eso para invadir la Tierra si llegan de otro planeta. Pero pueden emplear camiones para distribuirse por todas partes. Luego serán buques, aviones, para irse extendiendo de sitio en sitio… de país en país y de continente en continente…

—¿Lo crees de veras?

—Casi empiezo a sentirme seguro de ello. Escucha, Lucy; esos entes pueden haber llegado de otro mundo a bordo de naves que se posaron en sitios que desconocemos. Vinieron silenciosamente, todo el mundo ignora su presencia en la Tierra. Entonces, esos «extraños» ponen en acción sus incubadoras o lo que sean, para hacer desarrollar a los «embriones», que no son sino «extraños» en un estado de evolución física, que luego termina haciéndoles ser semejantes a nosotros una vez pasado el proceso de metamorfosis, a semejanza de la crisálida, que antes fue gusano y posteriormente mariposa.

—Fred, por Dios… —Lucy le miró con asombro—. ¿Y tú conduces camiones?

—No siempre hice esto, Lucy. Estudié algo de medicina, fui sanitario en un hospital de Logan City… Entonces perdí a mis padres. Tuve que sacar adelante a Ada, mi hermana. Y salir yo mismo. Dejé los estudios, me dediqué a ganarme la vida. Es una dura tarea, tú lo sabes. Todo eso quedó atrás. Pero los principios quedan en uno. De todas maneras, no te dejes deslumbrar. No soy

ningún académico, y no tengo la menor idea de esta pesadilla en que estamos metidos. Sólo me limito a exponer una teoría.

—Sí, te entiendo. Sigue, sigue, por favor. Creo que era interesante, dentro de su fantasía. —Cuando se ven convertidos en «hombres» se hacen pasar por un humano y viven y pululan entre nosotros. Pero carecen de ojos. Y esa falta la cubren con unas gafas muy oscuras, totalmente cerradas por todas partes. Nadie se fija, porque nadie se va a imaginar que un tipo no tiene ojos. Y aun observándolo alguien, supone que es un vulgar ciego quien está ante él.

—Fred, yo vi tomar unas pastillas a aquel hombre, ¿sabes? Pidió el café con mucha, premura, se lo engulló con las tabletas, como si le fuera la vida en ello.

—Tal vez ingieran algo que les sirva para mantener alguna característica que, de desaparecer, revelaría su auténtica naturaleza extrahumana. Eso, siempre desde el punto de vista de mi fantástica teoría, Lucy.

—Pero aunque fuera así… ¿por qué los primeros embriones en líquido… y esos otros dormidos como perrillos dentro del vagón?

Eran tal vez dos períodos diferentes. Los primeros, como ranas, se mantienen en un elemento líquido. Luego, al evolucionar, salen al aire. Viste que eran mayores, ¿no?

—Sí.

—Y luego se convierten en seres normales en apariencia, como el conductor del camión a quien yo derribé.

—Dios mío. ¿Y enviaban toda esa colección de repugnantes enanos a Logan City?

—Eso es. Tal vez haya ya legiones en Bay Town y en otros sitios, Lucy. De ser así, solamente nosotros podremos identificarlos… porque sabemos que no tienen ojos.

—¡Oh!, Fred… —de repente ella palideció—. Eso… eso puede tener un horrible significado…

—Cierto —asintió Fred—. Puede significar que, como somos los únicos que conocemos su presencia en el mundo, si estamos en lo cierto, y ellos pueden controlar a distancia sus vehículos, como me ha parecido por esa oportuna explosión del camión… entonces es posible que traten de eliminarnos a los dos.

—¡Oh, no! ¡No es posible que corramos un peligro tan

tremendo!… Con su poder, son capaces de destruirnos.

—Creo que sí podrían destruirnos, Lucy. Y lo malo es que estamos solos. Completamente solos tú y yo, frente a esa amenaza de pesadilla.

—¿Y qué podemos hacer entonces?

—Nada, querida… Nada sino esperar… —se inclinó hacia ella, ceñudo, con una repentina expresión de dureza, añadiendo—: O ir esta noche, en mi camión, a Bay Town, investigar en «Cleanex Laundry»… y descubrir si allí hay algo de todo esto.

—¿Quieres decir que en esa lavandería…?

—De allí salieron los camiones, ¿no? Luego es probable que tengamos allí precisamente la clave de todo… o el cuartel general de esos supuestos invasores de otro planeta, ante lo que, sinceramente, empiezo a creer que estamos.

—Fred, si piensas arriesgarte a ir a esa lavandería, yo te pido que me lleves contigo.

El joven conductor meneó negativamente la cabeza. Su réplica fue firme, tajante:

—No, Lucy. Ya basta de problemas. Esta noche dormirás en mi casa, con mi hermana Ada. Yo me sentiré más tranquilo sabiendo que no estás sola. No le dirás nada a ella. Ya inventaré yo algo verosímil para no alarmarla.

—¿Y, entretanto, tú…?

—Entretanto yo iré a Bay Town. A destruir el misterio de «Cleanex Laundry»… ¡cueste lo que cueste!

CAPÍTULO VI

¡FRACASO!



L camión se detuvo en una manzana de Brighton Blvd., Bay Town.

Se trataba de una zona industrial de la ciudad, pero iluminada y menos frecuentada. Los edificios, amplios y destartalados, muchos de ellos adheridos a largas tapias o cercas de ladrillos, con vidrios o pinchos en su parte superior, estaban destinados en su mayor parte a fábricas, almacenes e industrias diversas. Todo ello muy poco animado para ciertas horas de la noche.

Solamente al final de la avenida, un edificio ofrecía luces inmensas en sus ventanales, bombillas blancuzcas en sus patios y cercas, y por dos altas chimeneas escapaba el humo negruzco, con olor ácido, de alguna fábrica de detergentes o cáusticos.

Pero distaba mucho del punto de la calle que interesaba al hombre que guiaba el camión. Los ojos agudos, duros, enfilaron las sombras difusas de la calle, hasta detenerse en un gran tablero rojo con letras verdes y blancas, muy destacado sobre un edificio gris, no muy grande, situado entre una fundición y un almacén de maderas:

«CLEANEX LAUNDRY. SERVICIOS URGENTES»

Era una lavandería importante, no cabía duda. De muros gastados y sucios, de ventanas polvorientas, protegidas por malla metálica… Evidentemente, no se habían preocupado de que un negocio destinado a la limpieza diese precisamente impresión de

limpio al cliente.

Fred Blakers comprobó que llevaba en su bolsillo la automática. Saltó a tierra de la cabina de su camión, cerró la puerta de éste y echó a andar con paso firme, por la amplia acera desierta. Su sombra se proyectó grotescamente en varias ocasiones, al pasar bajo luces amarillas, que proyectaban un cerco lívido en la acera.

Todo estaba silencioso.

El joven conductor de camión se detuvo frente a la lavandería. Forzar la puerta, sólida y herméticamente cerrada, o meterse por una de las reforzadas ventanas, era tanto como escandalizar en todo el barrio lo suficiente como para que, a pesar de su aparente desolación, acudieran docenas de personas a prenderle por allanamiento de morada.

Su mirada recorrió la fachada. Terminó deteniéndose en la tapia vecina, continuación del edificio, hasta el almacén de maderas. Pero al parecer pertenecía a la propia lavandería, como una prolongación del terreno, donde no habían juzgado oportuno o necesario edificar más.

En aquella tapia, tan gris, desconchada y fea como el edificio, había una puertecilla metálica, con un pequeño alero o saliente de uralita en su parte superior. La puerta estaba cerrada a cal y canto, como era de suponer. Fred en realidad no se interesaba por ella, sino por el saliente de uralita, que quedaba muy cerca de la parte alta de la tapia, muy elevada y difícil de escalar, por los vidrios rotos que la salpicaban en todo el borde.

Pero Fred tenía una idea. Y la puso en práctica. Se despojó de su chaqueta de piel. Miró a un lado y otro de la calle. Solamente el asfalto mojado, con montones de sucia nieve en los bordillos, se ofrecía a su vista.

Logró salir ágilmente y se mantuvo en precario equilibrio sobre el alero o saliente de uralita que había pretendido alcanzar, con pleno éxito. Una vez allí, echó la chaqueta de recia piel forrada, sobre el borde de la tapia.

Antes de saltar, miró al otro lado desde su atalaya. Descubrió un amplio patio desierto y oscuro. Los reflejos de la luz callejera le mostraron basuras, botes vacíos, cajas de madera, ropa tendida en cables o cordones de plástico, una hilera de lavaderos, bajo un saliente o cobertizo sin muros, y un gran depósito de agua, con

termo, en un extremo.

Todo parecía perfectamente normal. Lo que uno puede encontrar en un sitio como aquél. Resueltamente brincó por encima de la tapia. No se clavó los agudos vidrios, porque el acolchado de la chaqueta de piel, lo impidió, sirviendo de colchón a las aristas hirientes.

Brincó al lado opuesto con tal precisión en su elasticidad muscular, que cayó en el patio sobre sus piernas flexionadas. No rodó por tierra, ni hizo ruido alguno.

Una vez allí, extrajo su automática del bolsillo. No quería confiarse demasiado, en tanto no comprobara que, ciertamente, la lavandería era lo que aparentaba, y no un centro de invasión para los fantásticos personajillos de piel fría y blanda.

Había una puerta de acceso al edificio, en el muro que daba al patio. Tres escalones subían hasta la puerta en cuestión. Era de cristales, pero estaba asegurada con tejido metálico también.

Fred se aproximó a esa puerta. Comprobó que su cerradura era resistente. A tiros podía ser reventada, pero naturalmente no iba a recurrir a semejante sistema para acabar con ella.

Algo más allá una ventana, también con rejilla metálica, se ofrecía tentadora. Fred llevaba en su bolsillo unas tenazas y una llave inglesa, del material de su coche, en previsión de algo así.

Con las tenazas cortó la malla metálica en tres sitios y levantó la pieza. La vidriera se ofrecía ante él, ya sin obstáculos. Claro que el quebrarla tenía sus problemas. Podía ser oído el estruendo dentro de la casa.

Envolvió su puño en el pañuelo y fuego soltó un impacto suave al vidrio que se partió, con seco ruido. Cayeron piezas al otro lado, pero no muchas ni muy ruidosamente.

A pesar de ello, aguardó, pegado al muro. No sucedió nada.

Decidióse, pues, a entrar. Pasó la mano por el hueco, accionó la falleba y la ventana quedó abierta. Levantó cuanto pudo la cortada pieza de malla metálica y pasó, sin importarle los desgarrones, al interior de la lavandería.

Era una nave amplia, enorme, cuajada de grandes piletas, en las que sin duda lavarían las piezas grandes de tela. Había también una hilera de lavadoras eléctricas, de tamaño industrial, termos, depósitos de agua, depósitos para vapor, etc. Más allá, una gran

puerta señalaba: «Paso a la sección de tintorería».

Todo desierto, silencioso, iluminado por una alta bombilla colgando del techo. Las densas zonas de sombras parecían cuajadas de ominosos fantasmas. El agua jabonosa y turbia de las grandes pilas del lavadero se movía levemente, como algo vivo y peligroso, que vigilara al intruso.

Fred Blakers se movió en otra dirección, hacia una escalera de cemento que corría junto al muro del fondo y que subía hasta una puerta cerrada, sin rótulo alguno.

Subió los escalones con precaución. Probó la puerta. Se abría sin dificultades. La abrió, siempre pistola en mano.

Encontróse en un gran almacén, de buena temperatura, donde las ropas aparecían colgadas en cables especiales, sometidas a una temperatura también especial. Un vapor cálido salía de rendijas metálicas del suelo, ayudando a secar las ropas.

Fred pasó entre las prendas colgadas. El vapor que salía del suelo dificultaba bastante la visión. Incluso escocía, al meterse en los ojos. A pesar de ello, alcanzó el lado opuesto de la estancia, sin tropezar ni enredarse en las grandes prendas puestas a secar sobre el cálido vapor.

Allí se encontró con una puerta. Iba a probar si también cedía fácilmente.

Alargó la mano hacia el tirador.

Pero, de súbito, la puerta se abrió. Y Fred enfrentóse violenta, inesperadamente, frente a dos hombres con el uniforme azul y la gorra de igual color, con el nombre de la lavandería, que entraban confiadamente en la sala de secado. Uno de ellos empuñaba una botella de licor.

Durante un fugaz segundo, los tres hombres, a menos de cinco pulgadas de distancia entre sí, se contemplaron, entre perplejos y asombrados.

* * *

Fred cargó rápidamente contra ellos, cuando uno ya comenzaba a gritar.

No iban armados, de modo que solamente utilizó su pistola como objeto contundente, y le soltó al individuo más próximo un

formidable impacto con el cañón del arma en el mentón, derribándolo como si fuese un fardo.

El otro, el que esgrimía la botella de licor, retrocedió rápidamente y le tiró luego un botellazo a la cabeza, con todas sus energías. Fred se desvió, muy ágil, y la botella silbó junto a él, estrellándose sobre su hombro con violencia. El joven sintió un vivo dolor, al tiempo que los vidrios se hacían añicos y el licor corría por su camisa, extendiendo un fuerte olor a ginebra.

Pero aquello no le detuvo.

Se revolvió Fred, y saltando sobre el segundo vigilante nocturno de la lavandería, le asestó un directo con la zurda en el vientre. Se dobló el hombre, para irse a encontrar con la derecha de Fred, que utilizó de nuevo su pistola, derribándole de un seco golpe, como a un toro herido de muerte.

Deshecho de sus dos enemigos, Fred comprendió que la expedición nocturna ya había tocado a su fin y debía de salir de allí cuanto antes. Cuando ellos se recobraran, la alarma iba a oírse en Oceanía.

Contempló a ambos. Eran fornidos, de aspecto tosco y vulgar. Pero ninguno parecía particularmente peligroso, ni mostraba gafas oscuras o carencia de ojos. Eran seres perfectamente normales.

Tal vez, después de todo, se había equivocado. Y esto era una auténtica lavandería, sin aspectos tenebrosos ni fantásticos enigmas. En cuyo caso, también era lo mejor ponerse en fuga, antes de que tuviera que dar engorrosas y muy difíciles explicaciones.

Pasó de nuevo al lavadero, a toda prisa. Lo cruzó, salió al patio, salvó éste, alcanzando la tapia. Puso unos cuantos cajones para auparse con mayor facilidad hacia el punto donde tenía su chaquetón de cuero. Crujieron las tablas amenazadoramente, bajo su peso, pero resistieron, y sus manos alcanzaron la chaqueta, izándose con una poderosa flexión. Luego, saltó al tejadillo y de allí a la acera, sin perder un sólo segundo.

Nada más pisar el asfalto de la calle y empezar a erguirse sobre sus piernas hábilmente flexionadas, comprendió la magnitud de su error. Pero ya era tarde.

Una pesada mano cayó sobre su hombro y un revólver de reglamento, azulado y ominoso, apareció ante sus ojos, al tiempo que una voz recia hablaba:

—Quieto ahí, amiguito. ¿De modo que de excursión nocturna al otro lado de las tapias? Bueno, le arresto en nombre de la Ley…

En ese momento, como confirmación a lo oportuno de la intervención del agente de policía, dentro de la lavandería empezó a sonar endiabladamente una sirena de alarma.

Desalentado, Fred inclinó la cabeza y se dejó arrancar dócilmente su pistola automática por el policía de ronda.

El fracaso había sido completo. Más completo aún de lo que llegó a imaginar en sus momentos de mayor pesimismo…

* * *

—¿De veras? —el policía hizo un gesto de sarcasmo. Luego, levantó sus manos al cielo—. ¿Oye usted eso, inspector? ¡Este tipo habla de invasores de otro planeta como si tal cosa!

—Ya he oído —rezongó el inspector de Bay Town, mirando ceñudo a Fred Blakers—. Es una historia preciosa…

—¡Les juro que les he dicho la verdad! —aulló Fred, desesperado, incorporándose en el asiento de la comisaría—. ¿Es que no se dan cuenta de que digo la verdad? ¡Dos camiones de la «Cleanex Laundry» han volado hechos pedazos en la carretera de Bay Town, en las últimas veinticuatro horas! ¿Y todo por qué? ¡Porque dentro viajaban los «embriones» humanos, los hombrecillos que se convierten luego en duplicados exactos de los seres humanos, y nos están invadiendo rápidamente, sin que nadie lo advierta!

—Claro, claro —el agente R'Ourke resopló, con expresión de mártir—. ¿Y qué me dice del olor a alcohol que lleva encima? ¿Cómo ha dicho usted que se llama, amigo?

—¡Fred! ¡Fred Blakers! ¡Soy chófer de Logan City, y no estoy borracho! ¡No he bebido una sola gota! ¡Fue una botella de los propios empleados de la lavandería, con la que me dieron en el hombro, al pretender golpearme! ¡Ellos pueden decirlo!

El inspector miró a los aludidos. Los dos hombres de azul denegaron con la cabeza, simultáneamente. Después, cambiaron una mirada con el hombre alto, de cabello blanco, ojos grises y expresión calculadora, que había llegado poco tiempo antes a la comisaría de Bay Town.

—No, inspector, en modo alguno —aseguró uno de ellos, vivamente—. Está bien claro que no pudimos ser nosotros. El reglamento prohíbe a los vigilantes de noche probar el alcohol. ¿Cómo íbamos a quebrantarlo nosotros? Era él quien venía con una pistola y una botella… y nos atacó con ambas cosas a la vez. Creo que la botella chocó en la pared y la derramó. Pero estaba casi vacía. Él apestaba a ginebra ya…

—¡Falso! ¡Mienten ellos! —aulló Fred, enfurecido—, ¡Yo no bebo, no llevo botellas!

—Pero ha visto marcianos —rió el caballero de pelo canoso.

—¡Oh, Dios, no sé si son marcianos o no! —gritó Fred—. No he dicho eso, señores. Sólo sé que los camiones de su empresa se utilizan para trasladar monstruos en embrión, que luego lo invadirán todo… Los he visto, he luchado con ellos, les he visto volar en pedazos…

—Pero eso es un disparate, señores —objetó el hombre de cabello blanco—. Mi empresa es completamente normal y honesta. No sólo no traslado marcianos, sino que siempre uso mis camiones para distribuir las ropas lavadas, de acuerdo con los encargos a domicilio pendientes…

Los policías rieron la ocurrencia del hombre. También sus empleados. El inspector hizo un ademán significativo.

—Bueno, no puede hacer demasiado caso al señor Blakers —observó—. Vaya tranquilo, señor Mulligan. Puede regresar a su industria con sus empleados. El señor Blakers se quedará aquí, a responder de varios cargos… entre ellos, embriaguez, allanamiento de morada, agresión, uso de armas sin licencia y un sinfín de cosas más. Claro que no le podré acusar de haber visto marcianos. Ese no es un delito… salvo para los médicos.

Todos rieron de nuevo. Fred, desesperado, pugnó por formular nuevas protestas, pero fue reducido por O'Rourke y otro fornido policía. Aulló, dirigiéndose al inspector:

—¡Deben de escucharme! ¡Tengo otro testigo! ¡Otra persona que vio a esos seres conmigo, que incluso les tocó…!

—¿De veras? —el policía le estudió irónicamente, aunque con evidente ira—. Bien, déme su nombre. Lo comprobaré.

—Es… —Fred se detuvo bruscamente. Iba a nombrar a Lucy. Y de repente recordaba cierta frase de ella: «Estuve en una clínica

mental…» Rápido, añadió—: Bien, no puedo decirlo… Lo siento, inspector, pero no puedo.

—¡Oh!, claro, claro… —el policía rió, pero su gesto se hizo más furibundo. Luego, señaló con violencia el camino de las celdas—. ¡Llévenselo! ¡No quiero verlo más!

Se lo llevaron. Toda protesta era inútil. Y Fred lo sabía.

CAPÍTULO VII

¡INVASIÓN REAL!



l lechero estaba dejando las botellas en el porche de la vivienda de los Blakers, en Logan City.

Eran siempre tres botellas, Ada lo había dicho la noche anterior. Lucy, que había dormido mal toda la noche, se levantó al oír parar el coche repartidor, y se asomó por los cristales de la ventana, contemplando al joven de uniforme blanco, gorra de plato y gafas de sol, que depositaba en el porche las botellas de algo líquido.

La nieve se había derretido totalmente ya. El cielo, encapotado, amenazaba, sin embargo, nuevas nevadas. El tiempo era frío, pero seco y sin viento.

El repartidor de leche se alejó, silbando una melodía. Subió a su coche y se perdió con éste, en la esquina inmediata, tras la vivienda vecina. Lucy regresó al interior de la habitación y se dispuso a acostarse, para tratar de conciliar el sueño. Era inútil. No podía dormir.

Optó por levantarse definitivamente. Se vistió, tras asearse en la ducha, y bajó a la planta inferior. Allí estaba ya levantada Ada Blakers, la hermana de Fred.

—¡Hola!, querida —saludó—. ¿Ha dormido bien?

—Sí, gracias. Muy bien —sonrió—. Creo que me siento mejor que anoche.

—Sin embargo, no tiene muy buena cara —observó Ada—. La verdad es que no ha conciliado mucho el sueño, sea sincera.

—Bien, es cierto. Pero no es por culpa suya. La cama era

excelente. Y la casa daba una admirable sensación de hogar. Sólo que hay cosas que la persiguen a una, vaya donde vaya…

—¿Qué se traen entre manos usted y Fred? —interrogó de pronto Ada—. Les noto raros a los dos. Es… es como si guardaran un secreto. Y un secreto poco agradable…

—Sí, no es agradable. Pero, como usted ha dicho, es un secreto. No puedo decir nada. Absolutamente nada…, mientras Fred no opine que ha llegado el momento de hablar.

—Bien, querida —sonrió Ada—. No trataré de hundirle un sacacorchos en la cabeza para saber lo que tiene dentro y extraerlo. Puedo esperar a saber lo que sea para cuando regrese Fred.

—Me gustaría que no tardara mucho —suspiró Lucy.

—Dijo que estaría aquí al amanecer —consultó el reloj—. Pero aún no es muy tarde. Hace una hora que ha amanecido. Y empezó a nevar a primera hora de la mañana. De modo que posiblemente se demore todavía un poco. No se impaciente, Lucy. ¿Me acompaña en el almuerzo?

—Claro que sí, Ada. Gracias por todo. Es usted muy buena chica.

Cuando terminaban, sonó el timbre de la puerta. Ada miró a través de una ventana e hizo un gesto a Lucy.

—No, aún no —observó—. No es Fred. Solamente el cartero. Calma, querida. Ya llegará.

Salió al porche. Poco después, regresó con unos impresos, un par de cartas y un periódico semanal ilustrado, provisto de la faja del servicio postal. Dejó todo sobre un mueble, con un suspiro.

—El correo de siempre. No sé por qué la gente adopta ciertas modas. Son absurdas, en según qué épocas del año, Lucy.

—¿Sí? —Lucy la miró, sin entender—. ¿A qué se refiere?

—A esa manía de la gente, en estos últimos días. Esta nevando, hace frío y el sol se nubla cada día. Pero ellos llevan gafas de sol. Bien oscuras y bien extremadas. Es grotesco, ¿no cree? La gente no sabe ya qué llevar para llamar la atención. Sólo me faltaba ver a Hackle, el viejo cartero, yendo a la moda. Y ya lo he visto.

Lucy miró fijamente a Ada Blakers. Habló con voz grave:

—El lechero también las llevaba. Lo vi desde arriba.

—¿Quincy con gafas de sol? ¡Oh no! —Ada pareció perpleja—. Si apenas ve a dos pasos, con sus gafas habituales… ¿cómo puede hacerlo con las oscuras? Quincy, el viejo Hackle… mi vecina, la

señorita Willoughby… Todo el mundo luce gafas de sol ahora. Será para eludir los reflejos de la nieve. Pero la verdad es que así una nunca ve los ojos de su interlocutor. Y eso molesta.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Lucy Lañe. «…Así, una nunca ve los ojos de su interlocutor…» Y una frase de Fred Blakers, dicha la noche anterior: «Es posible que Bay Town y Logan City estén ya empezando a ser invadidas por seres sin ojos. Seres iguales a nosotros, pero en realidad desprovistos de ojos, de pupilas… que ocultarán tras gafas de sol, o algo parecido…»

Un vivo, indescriptible horror sacudió a Lucy Lañe, que de repente se sintió como inmersa en un mundo extraño, hostil y terrible. Miró a Ada con alivio, con esperanzas… Al menos, la hermana de Fred aún era como ella, era un ser normal, humano… Se veían sus ojos, se advertía el color de sus pupilas. Pero aquellos personajes repentinamente afectados por una pasión absurda hacia las gafas de sol… Quincy, el lechero… Hackle, el cartero, la señorita Willoughby… ¿y cuántos más, en Logan City?… absolutamente todos… ¡Eran «extraños» mezclados con los seres humanos!

—Dios mío… —jadeó—. Dios mío, Ada, tengo miedo…

—¿Miedo? —Ada Blakers la contempló, atónita—. ¿Miedo a qué, querida?

—Miedo a lo que pueda ocurrirle a Fred en Bay Town… y miedo a lo que está sucediendo en torno nuestro… ¡y que nadie sospecha!

—¿Qué es ello, querida? —se interesó Ada, muy intrigada.

—No, no… ¿Para qué contárselo? Tampoco lo creería…

—Mi querida Lucy, no sea tonta. Sé que algo sucede. Y me gustaría saber lo que es —sonrió suave, afectuosamente—. Tengo una gran capacidad para creer lo más inverosímil…

—Pues haga acopio de toda ella, Ada. Va a necesitarla…

* * *

Las dos mujeres avanzaron rápidamente por la calle, junto a las cercas de las residencias y chalets. Se movían con rapidez hacia la inmediata parada de taxis. En el centro del cruce de la avenida con el bulevar, se detuvieron.

—Allí está McDolan —dijo Ada—. Es el policía de tráfico de esta zona. Y un buen amigo mío… Incluso ha llegado a pedirme

relaciones. Creo que él nos hará caso, Lucy.

—Dios lo quiera— suspiró la muchacha, contemplando las espaldas anchas del hombre de uniforme azul y correaje blanco que dirigía el tráfico en el centro de la plaza—. Vamos allá, Ada.

Cruzaron, sonrientes, decididas a mover sus esfuerzos en una sola dirección. Una vez ante el poyo donde se alzaba el agente, señalando los cambios de tráfico, se dispusieron a hablar. En aquel preciso instante el agente McDolan se volvió en redondo, para variar el tránsito. Les dio la cara.

Ada estuvo a punto de gritar. Solamente el vivo, rápido esfuerzo de Lucy, apretando furiosamente su brazo para impedirlo, evitaron lo peor. Ada se contuvo, con la mirada fija, dilatada, en el agente de policía amigo… ¡Qué llevaba gafas de sol!

—¡Hola!, Ada —saludó, con una sonrisa, bajo sus anchas y largas gafas solares, que impedían descubrir sus pupilas—. ¿Cómo van las cosas?

—Bien… muy bien… —musitó Ada.

—¿Te ocurre algo? —inquirió McDolan. Pareces afectada por alguna cosa…

—¡Oh!, sí… Es que Fred… se marchó a Bay Town anoche… y aún no ha regresado.

—Ya —los labios de McDolan se apretaron—. ¿Quieres que averigüe algo al respecto?

—Sí, por favor… Te lo agradecería mucho…

—Lo haré, Ada, descuida —la mirada de McDolan se dirigió a Lucy. O al menos giró su rostro hacia ella. Lucy se preguntó si realmente había «mirada» tras esos lentes oscuros e impenetrables —. Hoy traes contigo a una amiga muy bonita, Ada…

—Sí. Es… es la novia de Fred… —apretó el brazo de Lucy, tensos sus nervios. Ella también está inquieta.

—Descuidad las dos. Averiguaré lo que haya —aseguró McDolan —. Si queréis esperarme, termino dentro de cinco minutos mi turno y puedo llevaros a…

—No, gracias —cortó Lucy, muy rápida—. Tenemos aún otras cosas que hacer…

Y se alejaron las dos, saludadas cortésmente por McDolan, el agente de tráfico. Una voz a cierta distancia de él, la de Ada musitó entre dientes, sin dejar de caminar:

—¡Oh!, Lucy, Dios mío… McDolan nunca llevó gafas de sol…

—Creo que ni siquiera es McDolan —aseguró Lucy, roncamente —. Es una contrafigura, alguien que lo suple, igual en aspecto físico, en voz, en pensamientos… Alguien que absorbió al auténtico McDolan y le suplió física y mentalmente…

—Lucy, ¿eso es posible?

—Eso es lo que está sucediendo. Con el lechero, con el cartero, con el agente de tráfico, con su vecina… No sé si es posible o no, pero estamos inmersos en este horror. Hay extraños entre nosotros, Ada. Extraños que ya ocupan, tal vez, los puestos clave de ciudades, de rutas, de capitales, incluso tal vez lleguen al Gobierno de la nación, a las organizaciones legales del mundo entero… ¡y lo dominen todo! Es la teoría de Fred. Al principio me pareció cómica, absurda… pero ahora veo claro.

—¿Qué ve claro, Lucy? ¿Cree de veras que existen embriones humanos en evolución, que hoy son ya auténticas contrafiguras humanas, desprovistas de ojos, pero capaces de absorber incluso los pensamientos del sustituido, y capaces de imitar su voz, sus gestos, absolutamente todo?

—Eso es lo que creo. Estoy muy segura de ello, por desgracia —se mordió el labio inferior—. Ahora sabemos que ya no podemos ni siquiera confiar en la Ley… ni en nadie, salvo en nosotras mismas. ¿Qué hemos de hacer para encontrar a Fred y saber lo que le ocurre?

—Creo que sólo hay un medio; ir a Bay Town. Vamos, Lucy. El garaje de Tiffin tiene taxis. Nos alquilarán uno…

Pero se detuvo justamente a tiempo, junto a la puerta de acceso al garaje de Tiffin. Allí dentro había taxis, ciertamente. Pero Tiffin, el encargado del garaje, estaba lavando uno de ellos. Tiffin era enjuto, largo y pálido. Pero tenía una característica especial…

—¡También él! —musitó Ada Blakers, desesperada—. ¡Ahora lleva gafas de sol!

—Dios mío… —susurró Lucy, desalentada, sintiéndose acosada, hundida por el caos espantoso, por la invasión real de que, rápidamente, era objeto el mundo entero, por parte de los seres sin ojos—. ¿Y qué vamos a hacer ahora? Todos los caminos se cierran, Ada…

—Todos, no. Aún queda uno —y resueltamente avanzó calle

adelante. Lucy la siguió. La hermana de Fred era tan resuelta y enérgica como el joven camionero—. Cuando los males son grandes, amiga mía, los remedios han de serlo también.

—¿Qué se propone, Ada?

—Recoger el camión de Fred sería peligroso. Tal vez nos vigilen. Además, no sé manejar un camión. Pero sí un coche de turismo.

—¿Y tiene usted coche, Ada?

—No. Pero lo robaremos, si es preciso. De cualquier modo hemos de llegar cuanto antes a Bay Town…

* * *

Robaron el coche.

Ahora estaban ya cerca de Bay Town. La nueva nevada había decrecido nuevamente, pero había bastado para blanquear de nuevo los campos y dejar la ruta resbaladiza y difícil. En especial, para una mujer tan poco experta en el manejo del volante como Ada Blakers.

Por ello la velocidad tuvo que ser menor. Pero lo importante para Lucy y Ada era llegar a su destino: Bay Town.

Rodearon un parador, giraron una curva y enfilaron la recta final hacia Bay Town, que ya era visible al fondo, junto al gran lago en el que su núcleo urbano formaba una bahía. La que daba nombre a la población…

—Ya llegamos. Ante todo será preciso telefonear a la policía. Con lo que ellos nos digan, tal vez tengamos ya una pauta para obrar —dijo Lucy.

—Sí, creo que es lo más prudente— aceptó Ada Blakers.

Y pisó el acelerador del turismo robado, un «Pontiac» negro, que nada más entrar en Bay Town se apresuraron a abandonar frente a unos cobertizos destinados a reparación de coches usados, alejándose rápidamente de allí en un taxi urbano.

Se detuvieron en otro extremo de la ciudad.

Desde una cabina telefónica pública, llamó Lucy Lañe a la policía. Le informaron. Regresé, desalentada, junto a Ada. Su informe fue casi tan rápido e impersonal como si se repitiera la notificación policial en una cinta magnetofónica. Pero Ada comprendió que sus sentimientos se mantenían ocultos gracias a un

poderoso esfuerzo de voluntad.

—Está arrestado —explicó—. Acusado de alcoholismo, allanamiento de morada con nocturnidad, agresión y posesión ilícita de armas. Fue en la lavandería «Cleanex».

—Entiendo —suspiró Ada, tras un silencio—. Alguien hizo el juego a los invasores, consciente o inconscientemente…

—¿Qué podemos hacer ahora? —musitó Lucy, abatida, apoyándose en el muro.

—No lo sé… —Ada Blakers se mordió el labio inferior, con expresión indecisa—. Es muy difícil resolver ahora… después de lo ocurrido. No sé si usted sabe que Fred estuvo ya una vez en una clínica… sometido a tratamiento por alcoholismo y…

—Sí, lo sé —Lucy sonrió—. Y yo estuve sometida a tratamiento, por desequilibrio mental.

—¡Oh!, ya veo —musitó Ada—. Ya veo claro por qué no intentasteis antes revelar a las autoridades lo que sucedía. Es una malhadada coincidencia… Bien, de todos modos hemos de resolver algo, Lucy. ¿Qué haría usted, si todo dependiera de su sola acción?

La joven contestó:

—No veo más que una forma; ir a la lavandería «Cleanex». Y ver si hay gente con gafas oscuras allí dentro. Si la hay, retroceder. Será otra partida perdida.

—¿Y si no la hay?

—Entonces, debemos de hablar con alguien de allá, su gerente o su propietario, tratar de convencerle de lo que sucede… y que sea lo que Dios quiera.

—No veo otra solución que la que usted dice, Lucy. Y si no da resultado… pues una batalla más, no importa perderla, después de haber perdido ya tantas.

Lucy Lañe sonrió, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Sí, creo que así es..—. aprobó—. Ya nada importa en realidad, a la vista de las espantosas circunstancias por las que pasamos nosotras… Y, con nosotras, el mundo entero, mi querida amiga…

CAPÍTULO VIII

LA PISTA

l hombre la estudió, con su mirada gris, enigmática y sin expresión.

—Eso es un disparate —dijo por fin, tras un silencio—. Un disparate que ya he oído en otra ocasión, antes de ahora.

—A Fred Blakers, ¿verdad? —preguntó impulsivamente Lucy Lañe.

—Sí, señorita. A un hombre llamado Fred Blakers, que ha sido calificado como «alcohólico», de acuerdo con sus informes clínicos. Además, olía a ginebra, iba empapado de licor y decía cosas absurdas. Está encarcelado.

—Lo sabemos, señor…

—Mulligan. Clark Mulligan, gerente-encargado de la «Cleanex Laundry» —sonrió, correcto, el hombre.

—Pues bien, señor Mulligan, sabemos ya eso —añadió Ada Blakers—. Yo soy su hermana. Y puedo jurarle que no ha probado una gota de licor, desde que abandonó el establecimiento donde le curaron de su alcoholismo.

—¿Está totalmente segura de eso?

—Claro. Lo sé muy bien, señor Mulligan.

—También yo —apoyó Lucy, muy rápida—. Sirvo en el parador donde Fred toma siempre su refrigerio. Jamás bebe, ni siquiera cerveza. Solamente café o soda. O simplemente agua.

—Eso es tanto como afirmar que él decía la verdad en la comisarla anoche.

—Ciertamente, señor. Decía la verdad —sostuvo Lucy—. Y yo la repito. Dos camiones suyos han desaparecido. Eso debe de admitirlo, si está enterado de ello,

—Estoy enterado, ciertamente —asintió Mulligan—. De que dos camiones han sufrido el incendio de su depósito de gasolina, estallando, Pero nada más.

—La primera vez estalló uno, por inflamación del combustible. Pero la segunda, no ocurrió nada de eso. Nadie lo tocó. Alguien, a distancia, lo hizo volar, por control remoto.

—¿Los «marcianos»? —rió Mulligan, burlonamente.

—Tómelo a broma, señor Mulligan —replicó Ada fríamente—. Pero todo está ya invadido. Mire en torno suyo. Descubrirá infinidad de gente con gafas oscuras. Dicen que es una moda.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —se irritó Mulligan.

—Mucho. Esos «invasores» son ciegos. No tienen ojos. Y para ocultarlo, unas gafas negras les cubren las pupilas. Esa es la explicación de la moda. Haga algo para comprobarlo. Incluso con una persona a la que conozca a fondo. Arránquele las gafas, o pídale que se las quite, si es alguien que antes no las llevaba. Descubrirá algo horrible, esté bien seguro de ello.

—Dios mío, es la historia más fantástica que oí jamás. Anoche, creí sinceramente en las alucinaciones de ese hombre, Blakers. Pero ahora veo que son tres a repetir lo mismo. Y todos tienen una especial preferencia en elegir mi lavandería como supuesto centro o cuartel general de invasores marcianos. Posiblemente en un programa de televisión todo eso quedaría gracioso y hasta emocionante. Pero en la vida real, señoritas, o bien es una tomadura de pelo… o todos están chiflados. No esperen que me crea nada de eso, sinceramente.

—Se lo dije —observó Ada con voz grave, mirando a Lucy—. No iban a creemos. Es una derrota más. Vamos, Lucy. Intentaremos cualquier otra cosa. Si no nos hacen caso, nos iremos a casa. A esperar que cualquiera de esos seres llegue hasta nosotras… y nos substituya en la realidad, después de destruirnos a nosotras, como seguramente hacen con el original de sus suplantaciones. Adiós, señor Mulligan. De todos modos, reconocemos que fue muy paciente.

—Sí, lo ha sido —afirmó Lucy—. Gracias por todo, señor

Mulligan…

Se dirigían a la puerta cuando llamaron con los nudillos en ella. Mulligan les hizo un leve ademán, y luego invitó:

—Pase.

Entró un empleado de la lavandería, con su «mono» azul y su gorra de plato, con el nombre de «Cleanex» muy visible en el tejido azul. Ada y Lucy dieron instintivamente un paso atrás, contemplándole con inquietud. El hombre era joven, moreno y afable…

Pero llevaba gafas negras.

—Pase, pase, Scott —dijo con voz cordial Mulligan. Le contemplaba con una sonrisa perfectamente profesional. Sin recelos ni dudas. Era evidente que estaba habituado a ver a su empleado con gafas negras. O que no creía una palabra de la historia—. ¿Sucede algo?

—Es en la sección de secado de ropa, señor. Hay unas prendas que no aparecen. El encargado del Hotel Colonial protesta por la falta de esas prendas. Preferiría que se ocupase usted personalmente del asunto, señor Mulligan.

—¡Oh!, está bien —se incorporó Mulligan, sonriendo—. Iré en seguida…

Se volvió a Lucy y a Ada, disculpándose con la misma sonrisa, pero ampliada.

—Lamento que mis ocupaciones me entretengan, señoritas. No puedo seguir atendiéndolas, pero sé que me disculparán. Buenos días…

Allí terminaba todo. Lucy y Ada se encaminaron a la salida. Galante, el joven de gafas oscuras les cedió el paso. Lucy pugnó por ver sus ojos, pero aquellas malditas gafas actuales, con su doblez natural sobre las sienes, impedía ver nada bien.

De súbito, sonó la voz fría de Mulligan:

—Un momento, Scott, quiero darle una pequeña orden…

—Diga, señor.

—¡Quítese esas gafas!

Lucy y Ada dieron un respingo. Se volvieron en redondo, clavando sus ojos estupefactos en Mulligan, que de repente se había encarado con su empleado, y le daba, imperativo, aquella orden tajante.

El hombre pareció desconcertado, perplejo. Le miró, sin atinar a hacer o decir nada. Tras un silencio, sonrió más ampliamente.

—Será… será una broma, ¿verdad, señor? —indagó, con aire divertido.

—En absoluto, Scott. ¡Quítese las gafas… o se las arrancaré yo!

Scott vaciló. En cambio, Mulligan no vacilaba en absoluto. Ante la pasividad de su empleado, se abalanzó de súbito sobre él. Pero Scott resistió, sin que las gafas cayeran, el manotazo repentino de su jefe. Luego, con una sorda imprecación, se lanzó hacia la puerta, en busca de la fuga.

Mulligan le siguió. Y Lucy, diestra y muy ágil, con la agudeza de una ardilla, obró oportunamente, cruzando una pierna ante el fugitivo. Cayó Scott aparatosamente, de bruces.

Mulligan se abalanzó ahora sobre él con todas las ventajas. Su tirón fue mucho más violento, y llevóse consigo las gafas oscuras.

Una triple exclamación de horror conmovió la estancia y les brotó a los tres espontánea, agudamente, ante el espectáculo de un rostro humano, carente por completo de ojos. E incluso de orificios o ranuras destinadas a tal fin. En lugar de esos ojos, tenía un absoluto vacío, dos huecos carnosos, huérfanos do todo accidente facial.

El hombre caído se incorporó a medias, pugnando por huir. Mulligan lo evitó brutal, violentamente. Le soltó un impacto feroz con la punta de su zapato, derribándole aparatosamente en el suelo. Luego, de otro impacto con el tacón, en plena nuca, lo dejó inmóvil, como muerto.

Lucy y Ada le miraron fijamente. Jadeando aún, Mulligan solamente atinó a decir una cosa:

—Ahora las creo, muchachas. Sé que han dicho la verdad.

E incluso sé dónde debe de estar la razón de todo esto…

* * *

—Esa es la Agencia Ross.

Lucy y Ada se miraron. Después, miraron de soslayo a Clark Mulligan, erguido junto a ellas, con la mirada fija en la amplia edificación de metal y cristales, que era la llamada Agencia Ross.

—¿Y qué es, exactamente, esa agencia? —demandó vivamente

Ada.

—¿Tiene algo que ver con lo que sucede? —añadió Lucy.

—Sospecho que sí —declaró Mulligan, con un suspiro—. Es la agencia que se cuida de todos nuestros transportes. En realidad, es en esos garajes donde permanecen siempre los dieciséis camiones de la empresa. Hemos perdido dos, pero todos tienen seguro. Y, de no ser incluidos en ese seguro, la Agencia nos los suple, sin pérdida alguna por nuestra parte. Se cuidan tan sólo de transporte industrial. ¿Comprenden ahora?

—Creo que sí —asintió Lucy—. Fred y yo equivocamos nuestra pista. No es cosa de ustedes la utilización de camiones de la lavandería…

—Claro que no. Entregamos el material a la Agencia. Ellos lo distribuyen, con nuestros propios camiones. Si los «embriones», o lo que fuesen, viajaron en nuestros camiones, lo mismo pudieron viajar en otra docena o más de firmas comerciales, distribuyéndose por todo el país… a espaldas nuestras en todo momento.

—Dios mío. Tal vez América entera esté ya llena de «extraños»… —gimió Lucy,

—Pues… sí, es muy probable —asintió Mulligan—. Y lo peor es que no podemos ir a la policía con la historia. Ni siquiera a mí podrían creerme. Estoy seguro de que mis empleados beben, y el alcohol a que olía Fred Blakers era de ellos. Estoy seguro ya de que vio a esos entes en formación, Pero no puedo hacer nada tampoco. Nadie puede hacer nada, a no ser que presente cuerpos auténticos, pruebas irrebatibles… Ellos mismos, en su actual penetración, entre nosotros, cuidarán de que nadie crea lo que les perjudica. Creo que ocuparan puestos clave en la policía, en la política y en todas partes. Lo de Logan City lo confirma. Lo de mí oficina, también. Lástima que Scott escapara nada más descuidamos. No podemos presentarlo como una prueba cierta y real.

—Sí, todos son muy astutos —asintió Lucy—. Es evidente que lo que les falta de energías físicas, les sobra de inteligencia, ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Entrar en esa agencia. Tenemos que comprobar si ellos tienen parte en el juego.

Había caído la tarde. Fred Blakers continuaba incomunicado en prisión. Y los tres, como personajes de un grotesco melodrama, se

pegaban a los muros de la Agencia Ross, en un suburbio industrial de Bay Town, frente al aire húmedo y frío del lago, esperando su ocasión de entrar en el edificio.

La ocasión no tardó en presentarse. Mulligan, el gerente de la «Cleanex Laundry», parecía estar bien seguro de los pasos que daba y del terreno que pisaba…

* * *

Ya estaban dentro.

Había sido fácil. Relativamente fácil, dentro de las dificultades naturales de lo que intentaran. Pero la astucia y rapidez de Mulligan en utilizar a su favor todos los factores favorables, había dado su resultado positivo.

Bastó llamar a una puerta posterior dar su propio nombre al conserje de noche y esperar. Cuando el conserje abrió, un golpe en su nuca, con un pesado fragmento de madera, dejó el paso libre. Y al infortunado conserje, sin conocimiento.

Sólo que no era tan infortunado, a fin de cuentas. Cuando le volvieron, para ligarle y amordazarle, comprobaron que lucía gafas oscuras. Mulligan se las arrancó sin contemplaciones. Tampoco tenía ojos. El contingente de invasores era muy nutrido en la actualidad. Y todos estaban seguros de que crecía por momentos, minuto a minuto, a lo largo y ancho de todo el globo terráqueo.

—Podríamos ir con éste a la policía —observó Mulligan—. Pero ya no es necesario. Creo que hemos dado con la auténtica pista, con el verdadero cubil de esos monstruos. Y si es así, creo que esta misma noche podremos ir a la policía con pruebas mucho más contundentes, que incluso pueden hacer intervenir al Presidente de la nación.

—Eso es cierto, pero ¿no será demasiado arriesgado intentarlo? —inquirió Lucy.

—Espero que no. En marcha, señoritas. Si lo prefieren, quédense fuera, sin embargo.

—No, no. Prefiero seguir —declaró con rapidez Ada.

—También yo —aseguró Lucy.

Mulligan sonrió. Los tres siguieron adelante. Se adentraron en la gran nave central de la Agencia. Era una enorme auto-estación,

repleta de camiones y camionetas de todo tipo y clase, con diversos nombres sobre sus carrocerías. Había muchos camiones rojos como los de la «Cleanex Laundry».

Pero no había nadie más. Mulligan abrió diversos remolques, sin encontrar nada. Rodearon la gran sala-garaje y se adentraron por una rampa que descendía hacia una planta inferior.

Allí, bajo una bóveda de cemento, a la cruda luz de una bombilla solitaria, en el centro del techo, descubrieron más vehículos, una cabina destinada a oficina de recepción y salida, con dos mesas-despacho tras las vidrieras asomadas a la sala, y una puerta metálica en la que se leía:

PROHIBIDO EL PASO
A TODA PERSONA AJENA A LA EMPRESA

Mulligan siguió adelante con Lucy y Ada junto a sí. El gerente de la lavandería abrió la puerta metálica, por el simple sistema de tirar del cerrojo de la misma. Un corredor en sombras se ofreció ante él. Se volvió a Lucy y Ada. Esta parecía asustada. Lucy, trémula, observó:

—Está muy oscuro… Y en la oscuridad es donde, precisamente, germinan y crecen, al parecer, los embriones humanos…

Mulligan meneó la cabeza, denotando comprensión. Esgrimía una pistola automática. Avanzó unos pasos, e indicó gravemente a las dos:

—Ahora, háganme caso las dos. Quédense aquí. No den un solo paso más. Estoy seguro de que aquí está la clave de todo. Y hemos de descubrirla, cueste lo que cueste… Pero no puedo arriesgar sus vidas. Espérenme. Exploraré el terreno, antes de que ustedes sigan adelante…

Lucy iba a protestar. Pero el gesto enérgico, duro, de Clark Mulligan, no admitía réplicas. Inclinó, pues, la cabeza. Mulligan se encaminó resueltamente hacia delante, pistola en mano. En su zurda brillaba ahora el foco luminoso de una linterna. Iba a penetrar en el misterio.

—Cuidado —avisó roncamente Lucy, estremeciéndose, como si un frío sutil y ominoso viniese de la rampa descendente—. Mucho cuidado… Presiento que ahí están ellos. Seguro que están, señor

Mulligan…

—Sí, seguro que sí —afirmó él—. También empiezo a presentirlo yo…

Se hizo un denso silencio, mientras él se alejaba. Las dos mujeres se miraron, E, instintivamente, se entrelazaron mutuamente, esperando lo que había de suceder en los momentos siguientes…

El silencio se alargó. Se alargó desmesuradamente, después de perderse los pasos del gerente de la «Cleanex Laundry»…

Por fin, sonó un grito largo, ronco, horrible…

Era un grito de agonía, un grito de muerte proferido por un hombre.

Lucy y Ada se miraron vivamente, con el horror reflejado en sus rostros. La fuerza de su mutuo abrazo creció. No volvió a emerger sonido alguno del fondo de la rampa. No regresó Mulligan tampoco.

El aire se hizo denso, pesado, como si fuera de plomo fundido, cargándose sobre los hombros y sobre los espíritus de las dos mujeres. El silencio cobró caracteres de pesadilla…

—¡Vamos! —gimió Lucy—. ¡Tenemos que irnos! ¡Salgamos de aquí, Ada!

Y Ada asintió, lanzándose las dos a toda velocidad hacia la salida. Pero también para eso era demasiado tarde ya.

¡La puerta metálica por la que entraron con Mulligan estaba cerrada!

Cuanto intentaron con ella fue en vano. Estaba cerrada desde fuera. Desesperadas, se volvieron, oteando la oscuridad. Un frío terror invadió a Lucy, que señaló hacia el fondo, con expresión crispada, violenta y estremecida.

Chilló:

—¡Dios mío, Ada, mire ahí! ¡Mire «eso! ¡Ya vienen!…

Era cierto. «Ya venían». Y eran «ellos», los repugnantes, viscosos hombrecillos sin ojos… Una legión de ellos, envueltos en una fosforescencia fantasmal y lívida… Agitando sus garras afiladas hacia ellas, como una legión dantesca de demonios… Sus espeluznantes chirridos conmovían el aire sombrío del lugar.

—¡Lucy, es espantoso! ¡Esos monstruos…! —chilló Ada, desesperadamente.

Lucy ni siquiera tenía fuerzas para hablar.

Los monstruos helados, viscosos y raquíticos avanzaban hacia

ellas. Eran una masa espantosa, que provocaba una corriente de hielo, azotando sus epidermis.

Ahora comprendían bien que Mulligan había caído, vencido por ellos. Que ahora estaba muerto, incapaz de ayudarlas… Y que los diabólicos «embriones» humanoides, que estaban invadiendo la Tierra, iban a destruirlas a ellas, definitiva e irremisiblemente…

CAPÍTULO IX

«ASTEROIDE ZBAAX»

l agente de policía nunca supo a ciencia cierta lo que le sucedía.

Se había limitado a acudir a los gritos roncos, estremecedores, que procedían de la celda del hombre arrestado. Era evidente que éste sufría algún ataque que precisaba de urgente auxilio. Eso era lo evidente. Pero, en realidad, no pareció confirmarse tan frágil evidencia.

Porque nada más abrir y pisar el interior de la celda, el viejo truco dio sus resultados apetecidos. Y el preso, saliendo de detrás de la puerta, golpeó rudamente la nuca del policía con ambos puños. Se dobló el agente, con un gemido breve. Un segundo impacto de Fred Blakers terminó rotundamente con él.

Se inclinó. Le arrebató la pistola, que guardó en su pantalón. Luego, oteó el exterior. Era una suerte hallarse en Bay Town, una ciudad pequeña, de costumbres provincianas, donde para guardar unas celdas solamente había un agente de guardia durante la noche. Ahora, el camino estaba expedito hacia la calle. Le bastaron las llaves del policía, que le franquearon la salida del corredor de celdas —vacías todas, a excepción de la suya—, y también la de salida a una calleja angosta, donde se hallaba la puerta de entrada de los presos y del personal celular.

Eludió la vigilancia de un agente patrullero en el exterior, ocultándose dentro de portales y de esquinas. Finalmente, salió a otra calle más amplia e iluminada, pero totalmente desierta

también.

Había una serie de automóviles aparcados frente a unos arriates de flores y hierba, que adornaban una plazuela circular ciudadana. Fred no tardó ni diez segundos en abrir uno de los vehículos, precisamente aquel en cuyo interior vio las llaves del encendido, colgando en su cerradura. Era un hombre experto en automóviles, y no perdió el tiempo. Momentos después, transitaba por las calles desiertas de Bay Town, hasta encontrar un teléfono público, desde el que llamó a Logan City.

Desde su vivienda, ni Ada ni Lucy contestaron. Fred tuvo la desagradable idea de que posiblemente ambas estaban ahora en Bay Town, investigando lo sucedido.

Fred estaba convencido ya de que en la lavandería «Cleanex» no había nada extraño o peligroso. Pero entonces… ¿Dónde? ¿Y por qué los camiones de la «Cleanex Laundry» eran siempre los que llevaban consigo aquellas «remesas» de hombrecillos infernales?

En una ocasión se ocultó con el coche robado dentro de un pasaje sin salida, en tanto que un coche-patrulla cruzaba ante él. Se detuvo el automóvil de la policía frente al pasaje, sus ocupantes escrutaron la calle, sin fijarse en el coche aparcado en el pasaje, y siguieron adelante.

Pero ya Fred había tenido ocasión de comprobar algo escalofriante; ¡todos los policías llevaban gafas oscuras!

* * *

Empujó las puertas del bar. Se acomodó en la barra y pidió un «sandwich» caliente, café y «pudding».

Era un establecimiento de chóferes y conductores de vehículos. Fred estudió a los presentes cuidadosamente, comprobando que ni el camarero ni los seis o siete ocupantes, ofrecían nada ocultando sus ojos. Al menos allí podía fiarse.

—Ando buscando a un amigo —dijo—. Pertenece a la «Cleanex Laundry», según creía. Pero resulta que no lo he encontrado allí, a pesar de que varias veces nos encontramos en ruta, y él conducía esos camiones.

El «barman» asintió, sirviéndole. Luego, comentó la cuestión con otros clientes. Este era un camionero pelirrojo y fuerte, que se

apresuró a explicar a Fred:

—Seguramente esa lavandería sería una de las firmas asociadas a la Agencia Ross, de Transporte Industrial en cadena. Se dedican a explotar el transporte de diversas firmas. La Agencia paga gastos, seguros y todo eso, y almacena los vehículos. Hay siete u ocho firmas de Bay Town en esas condiciones.

—¡Oh!, seguro que es ahí entonces —asintió Fred. ¿No hay más agencias de ese tipo?

—No, es la única. Ellos dan también los conductores. Yo trabajé una vez para ellos. Pero pagan mal, ¿sabe, amigo? Si busca trabajo ahí, será mejor que lo olvide. Y vaya a ver a McDugall. Ese admite chóferes expertos. Paga bien y exige menos que la Agencia.

Fred se mostró muy agradecido. No llegó a terminar el «pudding». Con el café y el «sandwich» tenía suficiente para reponer fuerzas. Una idea empezaba a germinar en su mente. Podía ser un éxito o un fracaso. En realidad, ignoraba tanto de los «embriones», a pesar de ser el hombre que más sabía de ellos sobre la Tierra…

Se detuvo con el coche robado ante un establecimiento destinado a la venta de materiales eléctricos. Empezaba a tener una experiencia notable en allanar moradas, se dijo con agrio humorismo, cuando logró penetrar en el establecimiento, a través de una ventana rota.

Reapareció bastante tiempo después, con expresión cansada y satisfecha. Subió al automóvil. Había comprobado, dentro mismo del establecimiento, por medio de una guía telefónica, la dirección de la Agencia de Transportes Industriales Ross.

Y hacia allí se encaminaba…

* * *

—Dios mío… Yo creí que estaríamos muertas… Y aún vivimos, aún respiramos, Ada…

Lucy Lañe hablaba con voz bronca, cansada. Ada Blakers contempló el frío, inhóspito lugar, de extraña luz azul, en el que se hallaban encerradas. Los muros cristalinos parecían de hielo puro, húmedo y resbaladizo. El techo despedía una luminiscencia azulada, espectral. Todo era rectilíneo, incluso los dos bloques cristalinos o largos asientos, en que yacían ahora, ligadas por unas

extrañas tiras de una materia emfalizada y correosa, cuyo contacto era también frío y viscoso.

—Lo último que recuerdo es a esos horribles seres cayendo sobre nosotras… —se estremeció Ada—. Un frío terrible me inundó… Me paralizó los pensamientos, las palabras, incluso el movimiento de mis músculos… y perdí la noción de todo. Me ha parecido recorrer una eternidad… y ahora despierto aquí.

—Es justamente lo que yo sentí, Ada —suspiró Lucy. Es la segunda vez que me enfrento a esos espantosos seres… y aún sigo con vida. Antes fue Fred quien me liberó. Ahora… ni siquiera sé por qué vivimos aún.

—«Ellos» tal vez no maten a sus víctimas —Ada volvió a mirar en torno—. ¡Oh, Dios, qué frío hace aquí! Y qué lugar extraño… Mira mis ligaduras, Lucy. Son como las tuyas. Diríase que son culebras de metal, si no fuese porque no pueden estar vivas…

—¿No? —a Lucy se le erizaron los cabellos de repente—. Sin embargo, noto que se mueven… ¡Me parece Ada que son cuerdas vivas, a pesar de lo que tú opines!

Ada chilló angustiada. Acababa de advertir lo que dijera Lucy. Aquellas ligaduras o lo que fuesen… palpitaban, se movían, poseían una vida fría y viscosa como la de los hombrecillos ciegos…

A su grito, ocurrió algo extraño. Uno de los muros vítreos y fríos se deslizó, como si en vez de hielo que aparentaba ser, estuviera formado de cristal mecanizado. Apareció alguien allí, bañado en una lívida luz azul, helada y escalofriante.

No era uno de los hombrecillos. No era tampoco un personaje ciego, sin ojos, o con gafas de sol. Este poseía ojos. Ojos grises, duros, metálicos. Era alto, de cabello canoso y expresión benigna… pero ya no vestía como los seres terrestres, sino con un raro ropaje luminiscente, flexible, como cristal tejido, o como fibra plástica de brillo, en un tono cobalto, ajustado totalmente a su figura atlética y arrogante.

—¡Señor Mulligan! —gimió Lucy—. ¡Usted! ¡Está vivo!… ¡No le sucedió nada!

Clark Mulligan, gerente de la «Cleanex Laundry», sonrió. Glacial, herméticamente. Sus duros ojos grises no eran amistosos al clavarse en ellas.

—Mis queridas e inoportunas amigas, no tenía por qué

sucederme nada… Yo, a quien conocen ustedes como Clark Mulligan… soy en realidad uno de «ellos»…

—¡Oh, no! —gritó Lucy, descompuesta—. ¡Usted… usted tiene ojos!

Mulligan rió. Era la suya una risa burlona, sarcástica. Habló después fríamente:

—Sabía que éramos imperfectos al imitarles a ustedes, al substituirles por medio de seres de nuestra raza, perfectamente adaptados a su forma humana, tras el proceso de embrión, crecimiento y adaptación, que usted tan bien conoce, señorita Lañe… e intenté algo mejor. Creo que lo he logrado. Si alguien creyese su fantástico relato, o el que el señor Fred Blakers trata de endilgar a todo el mundo, con desesperantes fracasos sucesivos… en el acto perdería valor esa convicción. Buscarían a hombres sin ojos… ¡Y nosotros podemos tener ojos!

Luego, rió burlón, y hundió los dedos en los huecos de sus ojos, aferró las pupilas… y las extrajo como si fueran simples cuentas de vidrio. Lucy chilló y Ada se estremeció de horror.

En las maños del supuesto Mulligan brillaban dos pupilas falsas, de plástico, perfectamente imitadas, dotadas incluso de movimiento… pero falsas, inservibles, salvo como simple apariencia. Mulligan rió, divertido.

—¿Se dan cuenta? No veo… ni vi jamás. Pero no lo necesitamos. Nuestros sentidos superdesarrollados, nuestras antenas reflexivas interiores, suplen esa torpe facultad humana que es la visión… Y dos grietas en nuestra cara, con dos pupilas falsas, son suficientes para engañar a cualquiera… en su ingenuo mundo terrestre.

—Dios mío —musitó Lucy—. En ese caso… estamos perdidos. ¡Todos están perdidos!

—Sí, el mundo entero va siendo nuestro —rió el «extraño»—. Demostramos que somos superiores, ¿no creen? A pesar de que ustedes moren en un gran planeta y nosotros en un pequeño y humilde asteroide, casi ignorado por sus astrónomos… ¡Oh!, por cierto. Me olvidé de decirles algo; ya no están ustedes en la Tierra. Han sido trasladadas aquí, durante su inconsciencia…

—¡No! —gritó Ada, aturdida—. ¡Eso no es posible!

—Claro que es posible… Una de nuestras naves del espacio las trajo hasta aquí… hasta el frío, azul y despreciado «Asteroide

Zbaax», que se cierne sobre la Tierra desde que comenzó esta invasión de su mundo…

Hubo una pausa. Fue una pausa erizada de horrores, de angustias y de humana desesperación en ambas mujeres. El falso Mulligan parecía recrearse en su cruel informe. Sin ojos, solamente con sus vacías cuencas tras las rendijas abiertas en la carne, producía un efecto horripilante y estremecedor. Pero sus palabras orgullosas y duras lo resultaban mucho más aún.

—Usted, señorita Lañe —prosiguió, tras un silencio satisfecho—, tiene derecho a saber cómo somos. Por algo fue la primera, junto con su amigo Blakers, en descubrir a nuestros agentes en la Tierra. Lástima que su curiosidad y la de Fred Blakers haya provocado la muerte de miles de los nuestros. Pero no importa. Somos tantos, que podemos permitirnos el lujo de tener muchas bajas. Miren ahí. Van a vernos… tal como realmente somos cuando no nos hemos transformado en seres humanos, en un rápido período evolutivo que nos lleve a ser perfectas contrafiguras suyas, que nos otorguen sus facultades, su apariencia, sus pensamientos, su saber y sus palabras. Absorbemos al ser que elegimos para substituir, hasta el punto de ser idénticos a él. Pero véanos… véanos en nuestra forma y naturaleza primitiva, en el «Asteroide Zbaax».

Señaló hacía otro ele los vidriosos muros luminiscentes de la rara celda rectangular…

Allí, en repentina transparencia, apareció una extensión llana, algo que podía parecer un campo, una llanura bajo un cielo negro, espeso y profundo, salpicado de astros muy brillantes y fijos. Una frígida superficie de hielo o de materia semejante. Todo ello despedía claridad azulada, lívida… como un paisaje polar, imaginado por desenfrenada fantasía de un pintor subrrealista.

Lucy y Ada, inmovilizadas por las ligaduras vivas, clavaron sus ojos en la pared transparente, pugnando por descubrir algún signo de vida, alguna forma viviente en aquel páramo de suelo cristalino y terso, al parecer sin fin, hasta su rectilíneo horizonte.

No, no había nadie. Nadie en absoluto, salvo unas flores azules que brotaban inverosímilmente del suelo frígido y terso. Una especie de tulipanes o capullos azules, cerrados aún, con un tallo ondulado, corto, de color azulado, más claro, y hojas triangulares y duras, igualmente color celeste.

—No veo… nada… —gimió Lucy, desalentada.

—¿No? —Mulligan rió, divertido—. Eso cree, señorita

Lañe. Pero mire, mire atentamente… y verá PALPITAR esas flores azules, verá latir sus hojas, cerradas en torno a su bulbo central… ESAS FLORES AZULES SOMOS NOSOTROS… ¡FLORES INTELIGENTES Y POLIMORFAS, SEÑORITA LAÑE! ¡FLORES CAPACES DE INVADIRLO TODO Y DESTRUIR AL HOMBRE EN LOS PLANETAS!

Lucy sintióse enferma, convulsionada bajo aquella noticia alucinante. Las flores, ciertamente, se movían… LATÍAN como cuerpos VIVOS…

—¡Oh!, Dios mío… ¿Será posible tanto horror? —suspiró Ada Blakers, horrorizada.

En ese momento, a espaldas de Mulligan emergió un hombrecillo enjuto, uno de los enanos sin ojos que tan bien conocía Lucy. Se acercó a él. Mulligan se volvió, hablaron con voz chirriante, indescriptible, durante breves segundos. Y luego…

El falso Mulligan se volvió a ellas. Soltó una breve carcajada al informar:

—Tengo buenas noticias para ustedes. Su cautiverio no será tan solitario y aburrido, de ahora en adelante, y hasta que practiquemos cierta operación en sus cerebros, buscando lograr una perfecta duplicidad de ojos y órganos visuales completos… Acabo de ser informado de que su amigo y hermano, Fred Blakers, imprudentemente escapado de prisión, y metiéndose a investigar en la Agencia Ross, como ustedes hicieron… HA CAÍDO PRISIONERO DE MIS LEALES «ZBAAX»… y está siendo trasladado al Asteroide, igual que ustedes…

CAPÍTULO X

LA GRAN PRUEBA



ERO bastó una orden. Fred Blakers, que fue introducido rígido, inconsciente, como si estuviera congelado, hasta otro rectángulo vidrioso, se vio sometido después a la acción de unas lianas azuladas y frías, que con movimiento propio, se enroscaron en torno a su cuerpo, ligándolo prietamente.

Lucy y Ada advirtieron entonces que las ligaduras no eran sino tallos de las propias flores vivas e inteligentes del diabólico asteroide. Tallos dotados de vida propia y convertidos así en los mejores y más feroces vigilantes de sus cautivos.

—Bien. Todos los que saben demasiado están ahora lejos de donde pueden ser escuchados —dijo lentamente el falso Mulligan—. Eso lo deja todo resuelto. Definitivamente resuelto…

—Y estamos condenados a morir, ¿no es cierto? —habló Lucy con entereza.

—Por supuesto. Es lamentable que personas tan inteligentes hayan de perecer, pero nos eran precisos ciertos cuerpos para experimentación y estudio biológico, en especial de la estructura óptica, para buscar una perfecta reproducción de la misma. Ustedes mismos nos servirán. De todos modos, tampoco vivirían mucho en el Asteroide. No poseemos otro oxígeno que este que ahora respiran ustedes, de nuestras cámaras especiales, destinadas a la adaptación fisiológica de nuestros «embriones». Cuando se agote, perecerán. También perecerán, porque el frío del asteroide es muy grande, mucho más de trescientos grados bajo cero, fuera de esta cámara

especialmente adaptada, y en la que, a pesar de todo, no hemos podido lograr más de cuatro grados sobre cero en su punto máximo. El nuestro es un mundo helado, señoritas. Nuestras vidas se desarrollan en el frío terrible de este asteroide, porque la estúpida idea de ustedes, sobre formas de vida únicamente capaces de existir en su ambiente, clima y aire respirable, es una majadería dictada por el orgullo inconsciente del hombre. Ahora, les dejo. Debo cuidar de todo. Aquí… y en la Tierra, adonde regresaré hoy mismo.

—Pero usted… ¿«quién» es usted? —preguntó Lucy de repente —, No es uno más de «ellos».

—Por supuesto que no —rió el falso Mulligan—. Todo ser viviente puede mandar u obedecer. Yo mando. Otros obedecen. Soy… el jefe supremo de los «ZBAAX». Ellos me llaman su «Ordenador». Y aquí, el «Ordenador» es en realidad el amo, el gran dictador de nuestra raza. Cuando descubrí que, de simple flor viva, podíamos convertirnos en una forma de vida mejor y más fuerte, me transformé en una especie de animal antropoide. Así, estudié la Tierra, sobre la que descubrí que pasábamos en vuelo orbital con determinada frecuencia. Utilicé los tallos y hojas de esas flores, para dejarlas en la Tierra como escuchas y repetidores de ideas, pensamientos, sucesos y cuanto fuese de interés. Su sensibilidad es muy grande. El asteroide mismo posee toda clase de minerales y materias bajo la helada superficie de su forma poliédrica, sin curvas. Siguiendo los informes de mis espías vegetales, logré crear naves del espacio, ligeras y casi invisibles, por la transparencia y flexibilidad de nuestros metales, desconocidos por completo en la Tierra… Ahora, ya lo saben todo. O casi todo. Pero de nada les va a servir. En su mundo, nadie los hubiera creído. Y ahora, ni siquiera están en ese mundo, tan lejano ahora de su alcance… Les deseo una feliz estancia en el Asteroide… hasta el momento de pasar a los gabinetes de estudio biológico y rápida adaptación…

Hizo una burlona ceremonia y salió de la estancia rectangular. Se cerró el muro de hielo cristalino. La luz azulada lo bañó todo. Las dos mujeres y Fred se quedaron solos en su gélida celda del «Asteroide ZBAAX», en vuelo orbital en torno a la Tierra, ignorado hasta el presente por los científicos.

Era probable que su propia coloración lo hiciese invisible a los poderosos telescopios. Y que la frecuencia de onda de algún satélite

artificial se interpusiera, sirviendo de escudo al peligroso mundo cristalino de los invasores helados.

Como Mulligan había dicho, no había esperanzas ya. Ni para ellos, ni para el mundo.

En ese preciso instante de supremo desaliento, de terrible desesperación, Fred Blakers abrió los ojos. Miró en torno suyo y habló:

—Es posible que aún quede una esperanza. Es nuestra gran prueba… y hemos de tener fe.

* * *

—¡Fred! ¡Estás consciente! —gritó Ada, mirando jubilosa a su hermano.

—¡Oh, Fred, Dios sea loado! —musitó Lucy—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien… aunque todavía me pregunto cómo —sonrió el joven conductor—. Me metí yo mismo en la boca del lobo; sabía que terminarían capturándome… pero hubiera deseado que vosotras no estuvierais también en poder de esos seres… Todo puede ser ahora mucho más difícil.

—Pero, Fred, si no existe esperanza alguna… Nos capturaron en la Agencia Ross… como a ti. Estas lianas o fibras que nos oprimen están vivas… y son sensibles. Avisan de cualquier contingencia a sus amos, que son los «ZBAAX» o seres helados de este asteroide.

Fred dijo:

—Lo sé. He oído a ese maldito Mulligan. Él no tiene por qué saberlo. Además, incluso es probable que fracase. De ser así, la muerte será nuestro final.

—Pero, Fred, después de todo, ¿qué puedes hacer tú, contra este poder diabólico y terrible? —gimió Ada—. Somos tan poca cosa para enfrentarnos a ellos… Además, no podemos movernos de aquí. Estamos prisioneros, sometidos a su voluntad…

—Sí, lo sé. Conté con todo eso, antes de iniciar esto… y tengo todavía fe. Fe en que existe una esperanza, como os dije. Y esa esperanza hemos de intentar alcanzarla antes de que «Ordenador» regrese a la Tierra. Es posible que solamente exista su nave del espacio en estos momentos, sobre la superficie del Asteroide. Si él vuelve a la Tierra, seguirá dirigiendo, planeando el fin de los

humanos. Y, de quedar nosotros con vida, nos sería imposible salir de aquí. Estaríamos condenados a vivir sobre este horrible mundo hasta que el frío y la falta de oxígeno terminara con nosotros…

—Fred, oyéndote hablar, casi llego a creer que, realmente, existe un medio de salir de aquí… Hablas con una seguridad tal…

—No hay seguridad de nada. Sólo esperanzas, recordadlo. Yo… —de repente se crispó, en un gesto furioso, dolorido—. ¡Oh, malditas…!

Ada gritó:

—¡Fred! ¿Qué ocurre?

—Estas lianas, ligaduras o lo que sea… «Saben» lo que pretendo hacer… y están apretándose, se enroscan alrededor mío, para impedirme hacer nada… para asfixiarme…

—¡Fred, te lo avisé! ¡Esas ligaduras tienen vida, inteligencia…!

—A pesar de todo… no creo que puedan evitar su fin… si realmente son como imagino. ¡Y ya que las cosas están así… SERA AHORA MISMO!

Entonces, Fred puso en práctica su plan. A la desesperada, El fracaso significaba el fin de toda esperanza, de toda posibilidad de seguir con vida. El triunfo… quizás un camino. Si no de propia salvación, de posible victoria para los humanos, allá en la Tierra…

* * *

A Fred le bastó poner en contacto los talones de sus dos pies, para que ello sucediera.

Los electrodos aplicados allí se frotaron durante un instante. La sacudida eléctrica fue terrible. Fred mismo se convulsionó, estremecido por la corriente, cuyo voltaje no bastaba a electrocutar, pero sí a conmocionar violentamente con la descarga.

Las ligaduras chirriaron, saltando como culebras despedidas por el lomo de un elefante. Dejaron libre a Fred, mientras se chamuscaban en el suelo frígido, tras recibir el impacto de la energía eléctrica.

—¡Primer triunfo! —aulló el joven, saltando ágilmente, fuera del cubículo de vidrio helado—. ¡Creo que lo conseguiremos!

Los tallos que sujetaban a Lucy y a Ada estaban estrechándose ya, pugnando por dañarlas, por asfixiarlas… Algunos de ellos

empezaban a desprenderse, para atacar al hombre que había sido capaz de destruir a los anteriores.

Fred Blakers no se entretuvo un solo instante, después de liberarse. Una vez en pie sobre el suelo terso, cristalino y frío, sepultó la mano en su bolsillo. De haber sido despojado de sus pertenencias, todo estaría perdido. Pero no había sido así. Y aún llevaba consigo los objetos de apariencia inofensiva, una pitillera de metal, un estuche plano, de herramientas mecánicas, un paquete de aspecto vulgar… Pero todo tenía ahora su utilidad secreta y vital. Había cuidado bien de eso, antes de aventurarse en el auténtico trance decisivo de la lucha contra los «embriones» y su invasión.

La pitillera no contenía precisamente cigarrillos. Cuando Fred Blakers la extrajo de su bolsillo, abriéndola con rapidez de movimientos realmente vertiginosa, lo que apareció entre sus dedos fue algo muy diferente; una pieza oscura, rectangular, parecida a una pila eléctrica. Y en realidad, «era» una pila eléctrica, pero de gran potencia concentrada. Capaz de generar luz o calor en gran cantidad si se le aplicaba el conducto capaz de transformar esa energía en fluido.

Fue una aparente pluma estilográfica, la que completó el mecanismo. Fred la extrajo de otro bolsillo y la aplicó rápidamente a la pila. Algo así como una llamarada vivísima, deslumbradora, lo invadió todo. Una llamarada térmica, generando enorme calor por doquier. Unas oleadas candentes So sacudieron todo. Lucy y Ada sintieron en sus cuerpos el trallazo del cambio de clima sobre su naturaleza, pero nada más. En cambio, las fuertes ligaduras se derrumbaron, totalmente calcinadas.

¡Y los muros se reblandecieron, empezando a gotear, a derretirse, convertidos en algo semejante a cera derretida, pero de cristalino color!

La supuesta estilográfica era en realidad una lámpara termoluminosa, conductora y propagadora del calor y energía que generaba la potente pila concentrada. Fred Blakers, al entrar en el establecimiento de materiales eléctricos, había sabido elegir aquello que menos bulto podía hacer y más potencia podía desarrollar.

—¡Lo lograste, Fred! —gritó Lucy, incorporándose, jubilosa—, ¡Estamos libres!

—Solamente libres de ligaduras, por el momento. Pero eso no es

todo —avisó gravemente Fred—. No confiéis demasiado…

Había desconectado la falsa estilográfica de la pila, porque era inútil malgastar una energía que, después, podía serles preciosa. Al derretirse el muro cristalino, una abertura se ofrecía ante ellos, como paso hacia la libertad definitiva… Definitiva, al menos sobre la superficie del Asteroide. Que era como no tener nada. Pero Fred se conformaba con eso como principio.

—Vamos —dijo a ellas con energía—. Hemos de abrirnos paso a la desesperada. Ahora sabemos que se puede luchar. Que los grandes enemigos de estos seres son el calor y la luz eléctrica. Solamente pueden soportar la fría luz de su mundo, y las gélidas temperaturas de su Asteroide. Por eso la invasión en la Tierra se ha iniciado en época de nieves, en pleno invierno, crudo y frío.

Avanzaron hacia la salida. La cruzaron, bajo los goterones del hielo cristalino que se derretía rápidamente, en forma de goterones grandes y pesados.

Les aguardaba una gran sorpresa. En el exterior, bajo un cielo negrísimo y profundo, salpicado de astros luminosos, el hielo azulado de la superficie vidriosa, rectilínea, del extraño cuerpo celeste, legiones de diminutos seres ciegos avanzaban hacia ellos, como a una sorda voz de alarma.

—¡Oh, son miles! —gimió Ada, abrazándose a su hermano—. Dios mío, Fred, ¿qué haremos?

—No lo sé —Fred aspiró el aire exterior, con fatiga—. No podemos resistir tampoco mucho tiempo. La atmósfera del Asteroide carece de oxígeno. Solamente respiramos la escasa cantidad de oxígeno artificial que ha sido «inyectado» sin duda para permitir que gente como Mulligan y otros «embriones» ya «humanizados» puedan respirar hasta entrar en su nave del espacio…

—¡Ya vienen! —gritó Lucy—. ¡Nos rodean, Fred…!

—Sí, no podíamos esperar otra cosa, después de todo —suspiró él—. Manteneos pegadas a mí. Y no os soltéis. Seguidme en cuanto yo inicie la carrera… si es que logro abrirme paso. Cosa que aún no sé…

—¿Paso… hacia dónde?

—No lo sé. Intento encontrar la nave espacial del supuesto Mulligan, el «Ordenador», o como quiera que se llame…

—No sabemos dónde está…

—Claro. No puede ser muy lejos, sin embargo. Y lo más probable es que se halle en el lugar hacia donde se ve más cantidad de hombrecillos de este mundo… Eso, es pura lógica…

Los miles y miles de hombrecillos los cercaban, pero en forma desigual. Frente a ellos había dos columnas hormigueantes, que eran un auténtico enjambre de repugnantes cuerpecillos enjutos, huesudos y traslúcidos, de cráneos pelados y rostros sin ojos. Al lado de aquella zona, las demás eran más claras y despobladas.

Resueltamente, Fred Blakers se encaminó hacia allá. Enfrentóse al mayor contingente de enemigos. Ada y Lucy le siguieron, estrechamente pegadas a él. Blakers mantuvo en una mano la pila superpotente y el cilindro conductor. Al encararse a los enemigos, que gesticulaban, en espera de caer sobre ellos, arrollándoles, conectó ambas piezas.

De nuevo la chispa de viva luz térmica brotó del cilindro… Un haz ardiente barrió a los hombrecillos. Fred sintió arder los objetos bajo sus dedos, tal fue el calor generado por las dos piezas.

Subió vertiginosamente la temperatura en el Asteroide frío… Su suelo se reblandecía… y los monstruos diminutos aullaban, retorciéndose, cayendo bajo el impacto de poderosa luz candente.

Por el sendero abierto de aquel modo, corrieron Fred y las muchachas a toda velocidad. La propia luz cálida formaba como un haz protector, una barrera de calor, que ninguno, en aquel mundo de fríos eternos, era capaz de arrostrar. El calor aturdía, cegaba los sentidos de aquellos seres y abrasaba su piel viscosa. La pila eléctrica de gran potencia se consumía con rapidez. Pero también con rapidez caían los enemigos bajo su efecto, mortífero para ellos.

Caían los hombrecillos ante ellos, se retorcían, abrasados, mientras el trío de fugitivos continuaba adelante, perseguido por centenares de supervivientes, que tampoco se atrevían a aproximarse demasiado a ellos.

El Asteroide era como un inmenso, inacabable páramo cristalino, como una pista de hielo sin fin, de horizontes rectilíneos, sin accidentes, sin depresiones ni elevaciones.

La carrera continuó, a través de aquella estepa vidriosa y gélida, hasta que los últimos enemigos huyeron ante ellos, dejándoles paso libre, abierta la brecha por la potencia térmica de la energía

eléctrica que Fred advertía cómo iba consumiéndose por momentos.

—La pila empieza a agotarse —avisó angustiadamente—. Si no encontramos la forma de salir de aquí, estamos perdidos…

En alguna parte rugió un motor, se percibió un zumbido largo y prolongado… El suelo vidrioso empezó a deslizarse ante ellos, en plena llanura…

—¡Allí! — gritó Fred Blakers—. ¡Allí creo que está! ¡Pronto… seguidme… o será demasiado tarde para todo!…

Corrieron como nunca lo hicieran antes. Alcanzaron el borde de la abertura rectangular, gigantesca, que se había abierto en la llanura. Por ella emergía ya una forma circular, lo más parecida a un «platillo volante» de los que había inventado años antes la imaginación de muchos.

Con giros lentos, pero que iban creciendo en rapidez, el disco emergió, se dispuso a iniciar el despegue… Una luz azul emergía de los reactores situados en su parte posterior. Quizás un sistema especial refrigeraba la energía de las turbinas, impidiendo que abrasaran al salir. El «Ordenador» era muy diestro en todo. Especialmente en preservar a su pueblo del peligro del calor…

Fred saltó elásticamente, con una agilidad increíble, cayendo sobre el disco de vidrio azul, metalizado. Desde allí dio su mano a Lucy y a Ada, ayudándolas a subir también sobre la nave circular. Esta iba a arrancar; sus giros en el suelo del Asteroide denotaban que hubiera partido. Pero que algo había demorado su salida.

Seguramente Mulligan, su ocupante, conocía ya la existencia de su fuga, sabía que algo anómalo sucedía fuera. Esa era la esperanza de Fred…

Y la esperanza se vio compensada por la realidad. Sin que aumentaran ni disminuyeran los giros del disco, empezó a deslizarse una escotilla, se abrió una puertecilla en la parte superior de la nave…

Asomó uno de los ciegos esbirros de Mulligan. Fred le asestó la luz térmica. Eran las últimas energías de la pila generadora. Pero bastaron. Con un chillido terrible, el hombrecillo desapareció por la abertura. Esta empezó a cerrarse con rapidez.

No fue bastante la rapidez. Fred Blakers penetró por el hueco impetuoso, violentamente…

Cayó justamente en el centro de la cabina de controles de a

bordo. Clark Mulligan, con su falso rostro de humano, con sus ojos artificiales, de apariencia humana, se volvió, profiriendo un juramento obsceno, furioso.

CAPÍTULO XI

FINAL

ra su único enemigo, porque el otro hombrecillo de a bordo yacía abrasado, tras recibir el impacto ardiente.

Y Fred no temía a ningún enemigo de aspecto humano, por siniestro que fuese. Se anticipó a la acción de Clark Mulligan, que iba a esgrimir una pistola de raro aspecto, tal vez un arma de proyectiles congeladores, que le reducirían a la impotencia o acabarían con su vida.

Cayó sobre Mulligan, le asestó una serie brutal de impactos con sus puños, hasta acorralarlo contra un rincón de la nave. Allí, le clavó la rodilla en el vientre, luego le lanzó la pila eléctrica contra el cráneo. Chocó ásperamente, y osciló, resintiéndose del impacto.

No era la primera vez que luchaba con uno de «ellos». Remachó su ataque con una nueva serie de mazazos violentos, ahora a la nuca. Mulligan se derrumbó aparatosamente ante él. Quedó inmóvil.

Fred le ligó rápidamente, con tiras de su propia camisa. Luego, buscó con aire febril dentro de la nave. Por la escotilla acababan de entrar ya Lucy y Ada, que le miraban curiosamente. Fred encontró un resorte, que oprimió. Se cerró la escotilla. Al funcionar otro resorte, se pusieron en funcionamiento los motores del «plato volador».

—Vamos a salir del Asteroide —anunció Fred. Levantó los ojos al negro cielo—. Que Dios me ilumine y sea capaz de conducir esto hasta su destino; la Tierra. Ahora, tendrán que escucharnos.

Llevamos la prueba evidente. Y no van a poder destruirla, porque él mismo era quien destruía a distancia mediante controles como éstos…

Señaló un tablero, donde una serie de resortes señalaban los lugares bases de sus fuerzas activas, por medio de numeraciones-clave.

Fred se acomodó ante los mandos del «plato volador». Tras varias pruebas rápidas, encontró el resorte de salida. Lo presionó, y manejó un volante.

El vehículo circular del espacio se puso en marcha. Arrancó, dejando atrás la superficie del Asteroide. Lucy y Ada se abrazaron, estremecidas de emoción.

—Lo lograste, Fred —susurró Ada.

—Dios te bendiga —añadió Lucy, trémula.

Fred sonrió. La nave se alejaba más y más del Asteroide. Ya era visible en la distancia. Con su singular forma de poliedro de mil caras, azulado y cristalino, como un gigantesco diamante en el espacio…

—Me gustaría comprobar esto… —susurró Fred, contemplando el tablero numerado del control inmediato a la mesa de mandos—. Son los puntos-base de concentración, no hay duda. Camiones, viveros de «embriones»… e incluso eso de ahí. Lee, Lucy: «Asteroide, números 1, 2, 3 y 4». Evidentemente, son los cuarteles o centros nerviosos del Asteroide, que él podría destruir desde aquí mismo, mediante control remoto, caso de presentarse mal las cosas. No sé si en la Tierra creerán o no nuestra historia… Pero de momento, voy a intentar frenar la invasión… y derrotar a los ejércitos del «Ordenador».

De un solo golpe, presionó todos los resortes, a excepción del señalado «Nave».

Sus ojos se volvieron a la vez. Los tres pudieron contemplar el extraño, fantástico espectáculo que nadie vería nunca más. Eran testigos de un suceso prodigioso, único en la historia del espacio y de los mundos…

El Asteroide cristalino saltó en mil pedazos, como un diamante pulverizado por un titán invisible. Se hizo añicos, reventó, perdiéndose sus fragmentos en el espacio…

Fred Blakers suspiró, inclinando su frente febril sobre los

mandos. Ni siquiera la fresca mano de Lucy, sobre su frente, le permitió reducir aquella fiebre inquieta y electrizante que le poseía…

—Lo logramos… —musitó, casi llorando—. ¡Lo logramos, Lucy! ¡Ada, hemos vencido!…

—Sí, Fred, hemos vencido… —asintió Ada—. Es maravilloso. Me siento orgullosa de que seas mi hermano, Fred…

—No, no es eso, Ada. Debemos sentirnos orgullosos de pertenecer a la especie humana. No nos rendimos fácilmente ni a los peores enemigos. Ahora podremos demostrar la verdad de todo… Vamos camino de la Tierra, y allí nos creerán ya. Es posible que no se revele al mundo lo que estuvo a punto de suceder. Pero todos los que hemos vivido esta terrible aventura sabremos que sucedió. Sabremos que, en muchos sitios, hombres que no son tales, sino seres de un mundo helado, agonizan, al faltarles sus píldoras de frío. Y que, desprovistos de «Ordenador» y de nuevos refuerzos para su invasión, el gran juego de esos monstruos se termina radicalmente… para que, una vez más, la especie humana sobreviva a todos los males y siga adelante…

Miró a Lucy, con una sonrisa. Oprimió su mano con calor.

Sus ojos se encontraron, con una profunda expresión de ternura y de nuevas esperanzas.

—Lucy, querida… —susurró—. Todo empezó con un refrigerio en tu parador, ¿recuerdas? Y tú y yo, dos seres grises e insignificantes, hemos salvado la vida de millones que no llegarán siquiera a conocernos nunca, ni a saber de nuestra existencia. La vida es algo extraño, Lucy…

—Sí, Fred, muy extraño… —suspiró la bella camarera del parador—. Pero estoy segura de que ahora, para muchos, serás quien mereces ser; el héroe que salvó al mundo de una muerte espantosa… Te esperan la fama y la fortuna, Fred. No volveré a verte con tu viejo camión, entre Logan City y Bay Town…

—Si es así, Lucy, a ti tampoco te verán jamás en el mostrador del parador de Mr. Craig. Lucy, querida, ¿quieres casarte con este futuro héroe terrestre?

—¡Oh, Fred Creo que eso que acabas de decirme es lo más maravilloso de todo cuanto ha ocurrido… Y si fueras tan listo como crees, ni siquiera hubieras necesitado preguntármelo, querido…

Se inclinó sobre él. Sus labios se unieron.

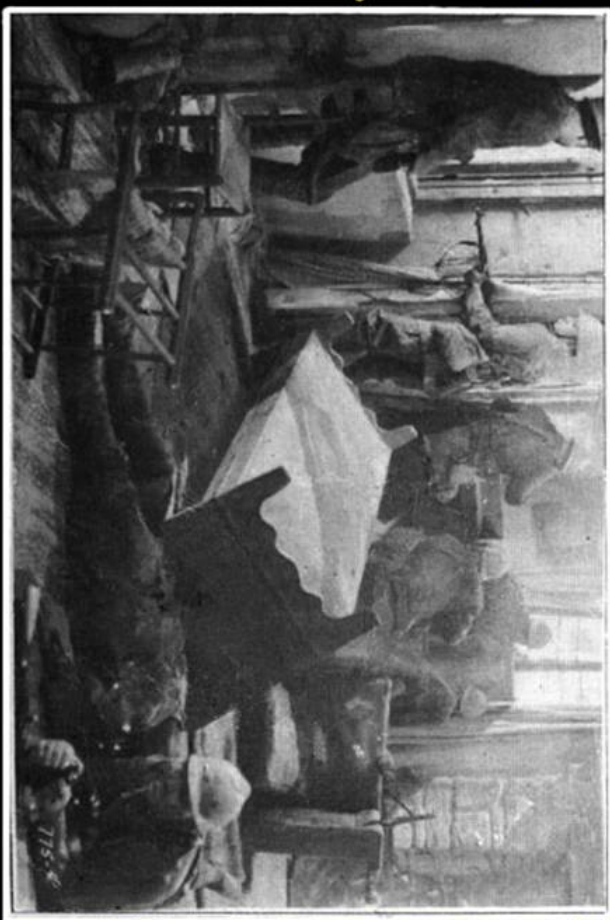
Era la respuesta de Lucy Lañe. En la distancia, ante su visor, apareció una esfera de un tenue y brumoso azul; la Tierra.

Era el fin… El fin de la aventura.





ESPLÉNDIDAMENTE PRESENTADOS CON SOBRECUBIERTAS EN COLOR!





Escena de la película GUANTES GRISES
(Warner Bros)

Precio en España: 7 ptas. En Argentina: 11 pesos.